



Grado en Relaciones Internacionales

ANÁLISIS DE LA CONFLICTIVIDAD DE LOS PAISES ARABES EN EL SIGLO XX: LA GUERRA FRÍA ÁRABE Y SU IMPACTO HISTÓRICO

Autor: Adrián Cano Guerrero

Quinto Curso del Doble Grado en ADE y Relaciones Internacionales

Director: Emilio Saénz-Francés San Baldomero

Madrid

Abril 2018

Adrián
Cano
Guerrero

**ANÁLISIS DE LA CONFLICTIVIDAD DE LOS PAISES ARABES EN EL SIGLO XX: LA GUERRA
FRÍA ÁRABE Y SU IMPACTO HISTÓRICO**



Resumen

Desde la partición del Imperio Otomano atendiendo a los intereses de las potencias europeas, primordialmente Gran Bretaña y Francia, y en connivencia con EEUU, Oriente Medio ha demostrado ser un área de conflicto constante. Diversas son las razones que han motivado la beligerancia entre pueblos y países hermanados: razones de tipo social, económicas, religiosas, etc. Sin embargo, es en su dimensión política, supeditadas en gran medida por las dinámicas de poder en la región y la religión, donde residen las mayores discrepancias entre naciones. Este trabajo tratará de ahondar en el cisma que se produjo en Oriente Medio tras la Segunda Guerra Mundial, el cual se suele denominar comúnmente como la Guerra Fría Árabe; cubriendo los conflictos entre las consolidadas monarquías y regímenes de tinte conservador y el imparable panarabismo de corte socialista, que a partir de los años 50 se ira extendiendo por la practica totalidad de los países musulmanes.

Este momento fundamental, caracterizado por la tensión máxima en una región clave gracias a los yacimientos fósiles que ya desde 1908 se fueron descubriendo en Persia, obedece necesariamente al conflicto soterrado entre el bloque capitalista y el soviético, sin olvidar además que Oriente Medio servía de nexo de unión entre África y Asia en el momento de mayor apogeo del Movimiento de Países No-Alineados. Solo entendiendo las dinámicas de rivalidad regional en los años 50, 60 y 70, con el auge y caída de un sinfín de actores internacionales y el fortalecimiento de Estados que constituyen una excepcionalidad histórica, como Arabia Saudí o Israel, se puede apreciar el verdadero trasfondo de la lucha por el poder que esta aconteciendo actualmente en Oriente Medio, la cual se ha hecho más acuciante desde las Primaveras Árabes por extenderse a un gran número de Estados con diversos particularismos internos y externos.

Palabras Clave: Guerra Fría Árabe, Nasser, Panarabismo, Panislamismo, Rey Faisal de Arabia Saudí, Movimiento de Países No Alineados, Proxy Wars.

Abstract

Since the striking partition of the Ottoman Empire responding to the interests of the European powers, primarily Great Britain and France, in connivance with the United States, the Middle East has proven to be an incessant and thriving area for conflicts. Diverse are the underlying reasons which have triggered the belligerence among brethren countries and their people: social, religious, economic, and plenty other motives are behind such a tumultuous coexistence. Notwithstanding, it is in its political dimension, subordinated in great measure to the religious rift and the regional power dynamics, where the major differences among nations currently lay. This project will aim to deepen into the causes of the great schism, commonly known as the Arab Cold War, which took place in the Great Middle East after World War II, analyzing the widespread conflict between the seemingly unstoppable pan-Arabism that flirted with socialist ideals whilst spreading throughout the Middle East since the 50s, and the lasting conservative monarchies and regimes that still held sway in most of the Muslim world.

This crucial moment, characterized by the heightened tensions in a key world region due to the immense fossil fuel reserves that since the 1908 Persian explorations had been discovered, obeys necessarily to the subjacent conflict between the capitalist and the communist bloc. Furthermore the territorial characteristic of the Middle East as a crossing road for Asia and Africa, granted additional importance to the Arab world at a time which was considered to be the zenith of the Non-Aligned Movement. Only through a thorough comprehension of the regional rivalry dynamics during the 50s, 60s and 70s, with the stardom and downfall of a wide array of international actors as well as the consolidation of some historically unique States, such as Saudi Arabia or Israel, can it be fully understood the real backdrop of the power struggle that is currently taking place in the Middle East, which has only gotten the undivided world attention as a result of the well-known Arab Springs.

Keywords: Arab Cold War, Nasser, Pan-Arabism, Pan-Islamism, King Faisal of Saudi Arabia, Non-Aligned Movement, Proxy Wars

Índice de contenidos

1. Listado de Abreviaturas -----	4
2. Introducción -----	4
3. Marco Teórico y Metodología -----	7
4. La Guerra Fría Árabe: -----	9
4.1 Los Años 50 y la Crisis del Canal de Suez como impulsor del Nasserismo -----	9
I. El antiimperialismo de Egipto y su búsqueda de relevancia internacional -----	11
II. La ardua confrontación de Gran Bretaña con el nuevo orden mundial -----	18
III. El dilema de Estados Unidos: tener que lidiar con Nasser, la amenaza soviética y el belicismo europeo -----	22
IV. Francia y su deseo por involucrarse en la Crisis del Canal de Suez -----	25
V. Israel: en busca de beneficiarse de las acciones franco-británicas -----	27
VI. Resultado -----	28
4.2 Enfrentamiento entre las Republicas Panarabistas y las Monarquías Conservadoras Panislamistas durante los años 60 -----	30
I. Fracasos de las grandes uniones de Estados árabes -----	31
II. Inestabilidad interna y fortalecimiento de Arabia Saudí: Yemen y el zenit de las tensiones entre bloques en Oriente Medio -----	37
III. Declive del Panarabismo a partir de la Guerra de 1967 -----	43
5. Término de la Guerra Fría Árabe y Paralelismos con el Oriente Medio Actual -----	45
6. Conclusiones -----	51
7. Bibliografía -----	54

1. Listado de Abreviaturas

CENTO: *Central Treaty Organization*

CIA: *Central Intelligence Agency*

EEUU: Estados Unidos de América

FLN: Frente de Liberación Nacional (Argelia)

OLP: Organización de Liberación de Palestina

UAR: Unión de Repúblicas Árabes

URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

2. Introducción

Si recapitulásemos sobre los eventos que han configurado las primeras dos décadas de este Siglo XXI, nos percataríamos de que, cronológicamente, varios sucesos relacionados con Oriente Medio, el mundo musulmán, y el fundamentalismo islamista ocupan varios puestos en la parte más alta del ranking en influencia sobre la sociedad actual. Por un lado, los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, perpetrados por la organización terrorista Al-Qaeda dirigida por Osama Bin-Laden, supusieron un antes y un después en la historia de EEUU, transformando radicalmente su política exterior en un momento donde verdaderamente este Estado podía ser considerado como la única superpotencia mundial. También, por causa directa o indirecta, el 11-S tuvo como consecuencia otros dos sucesos históricos de enorme importancia, al provocar los dos conflictos bélicos más importantes de este siglo: las guerras de Afganistán en 2001 e Iraq en 2003.

Para cualquier lector no familiarizado con las dinámicas de poder e influencia en el mundo podría sorprender que la franja de países que se extiende desde Mauritania hasta Pakistán, y que no constituye en total ni el 10% de la población mundial a día de hoy, pueda ser el foco de tanta inestabilidad internacional. La realidad es que ninguna región ha acaparado, hasta el momento, tantas miradas e interés para EEUU, Europa, e incluso

China o Rusia, como el Gran Oriente Medio (Carothers, 2004), término acuñado por expertos en Oriente Medio y Próximo a principios de los años 2000 para referirse a los países mencionados anteriormente y a sus particularismos.

Es en este afán por desgranar la relevancia histórica de Oriente Medio y como los eventos actuales de inestabilidad siguen copando las portadas internacionales donde se encuadra este trabajo de investigación histórica sobre los sucesos acaecidos durante la segunda mitad del siglo XX en el mundo árabe, los cuales contienen ciertas claves para entender el continuismo de las tensiones fraternales en esta zona del mundo. Principalmente el trabajo se centra en estructurar y profundizar en lo que se ha venido conociendo como la Guerra Fría Árabe, término acuñado en 1965 por el experto americano en política del mundo árabe, Malcolm H. Kerr, en la obra con el título homónimo (Kerr, 1965). Este conflicto, que se extendió diferenciadamente durante los años 50, 60 y 70; ha configurado prácticamente la existencia de todos los regímenes presentes en Oriente Medio en la actualidad, perfilando desde las alianzas geoestratégicas existentes hasta la ideología que impera en cada país y su territorio.

Las visiones antagónicas que entraron en conflicto en la Guerra Fría Árabe fueron evolucionando a medida que los paladines que las defendían se fortalecían o entraban en declive, una constante en el transcurso de la Historia que se puede apreciar también hoy en día en numerosos aspectos.

Por un lado, uno de los contendientes fue el emergente movimiento panarabista, con tintes socialistas, que surgió a mediados de los años 50 de la mano de la figura árabe más carismática, el líder egipcio Gamal Nasser. El panarabismo, también denominado Nasserismo por la imprescindible impronta de esta figura en su desarrollo, buscaba la consolidación de un único Estado árabe que fuera sujeto de su propio destino y un actor relevante e independiente en la escena internacional. Para alcanzar esta meta era necesario librarse de los anquilosados regímenes conservadores que constituían mayoría

en Oriente Medio y que no permitían el avance y modernización de sus Estados por temor a perder sus posiciones de poder y los privilegios que estos les conferían. Asimismo, el Nasserismo, que siempre mantuvo una alineación ideológica con el Movimiento de Países No Alineados y la descolonización propia de esta era, veía inadmisibles la presencia constante de países occidentales y sus intereses en la región, bien mediante el control paternalista de un territorio o la influencia sobre todos los Estados árabes que no comulgaban con el panarabismo, y por tanto los esfuerzos por eliminar dicha presencia foránea fue instrumental a lo largo de la Guerra Fría Árabe.

Por el otro lado se erigió un bloque, a veces inconsistentemente llamado panislamismo, heterogéneo de monarquías y regímenes conservadores que buscaban mantener el *status quo* dentro de sus Estados, y que presentaban rasgos nacionalistas de cada nación que eran incompatibles con el deseo de unificación árabe, a pesar de lo cual su propia ciudadanía muchas veces clamaba para ser participe del panarabismo, produciéndose numerosos Golpes de Estado bajo esta premisa. Los gobiernos conservadores no contaron con un líder claro fijo como ocurría en el otro bando, y el testigo de la lucha paso por diversas capitales hasta reposar finalmente en Arabia Saudí, la cual mediante su riqueza petrolífera y ambición por expandir la importancia que su interpretación del Islam tenía para la configuración del reino arábigo, ganó terreno frente a Nasser y finalmente se puede decir que sobrevivió al Nasserismo, subsistiendo hasta nuestros días.

Dado que el conflicto quedo lejos de ser estático, puesto que confluían los intereses nacionales de cada Estado en cada momento; la siempre cambiante situación interna de cada país; y no menos importante, los intereses de las grandes potencias capitalistas y comunistas en distintas épocas; este trabajo estudia de principio a fin la trayectoria emprendida por la confrontación. Las etapas estudiadas, que transcurren desde el nacimiento Nasserista en Egipto hasta su conversión en un elemento residual a finales de los 70, permiten observar como el Oriente Medio que conocíamos hasta hace apenas una década no se ha desarrollado equiparablemente al resto del mundo con motivo de la

fortaleza mostrada por el panislamismo todos estos años. Finalmente, este trabajo discutirá brevemente como la Primavera Árabe que ha puesto en jaque a casi todos los actores de la región no es sino una reedición de la confrontación bipolar que cuenta con tanta tracción en Oriente Medio, empleando distintos actores, especialmente Irán y Arabia Saudí, las mismas técnicas y justificaciones semejantes para dar salida a una rivalidad por la supremacía regional que se ha vuelto cada vez más apreciable con los años.

3. Marco Teórico y Metodología

Respetando los elementos de interés socio-políticos presentes en abundancia en toda la temática que gira en torno a la realidad pasada, presente y futura de Oriente Medio; este trabajo se ha centrado muy especialmente en sacar a la luz las interconexiones históricas enclavadas en la segunda mitad del siglo pasado. Este aspecto prioritario de divulgación en este trabajo obedece al interés del escritor por la Historia de las Relaciones Internacionales, siendo su opinión subjetiva que sin un análisis detallado de los eventos que han moldeado la evolución de los diversos actores de la comunidad internacional es imposible llegar a comprender la compleja realidad multilateral que rige el actual contexto global en el que vivimos.

El trabajo trata de ceñirse a las relaciones bilaterales y multilaterales que explican la elevada tensión bélica en Oriente Medio, profundizando en la investigación de las motivaciones nacionales de varios Estados para conformar alianzas regionales e internacionales a través de las cuales proyectar y defender sus posicionamientos en política exterior, yendo en última instancia a casos de conflictos militares directos. Asimismo, ahonda en el panorama interno de muchos de los actores más relevantes en la zona, como Egipto o Arabia Saudí, con el fin de exponer el nexo de unión entre la política doméstica y las acciones adoptadas en asuntos exteriores.

Por limitación de extensión en el trabajo hay aspectos transnacionales y áreas relevantes en las que se ha evitado profundizar, tales como el conflicto palestino-israelí o el rol jugado por actores no estatales en la Guerra Fría Árabe, como los frentes de liberación nacional de diversos países, como la OLP o el FLN, organizaciones terroristas como los grupos herederos de Lehi y el Irgún, u actores de otra índole, como los Hermanos Musulmanes. No obstante, aunque esto haga que resalte más la visión realista del autor y por ende la preeminencia que este otorga a los Estados a la hora de perfilar el tablero de la Guerra Fría Árabe, esto no implica que el papel jugado por cualquiera de estos actores no gubernamentales no sea digno de análisis, pudiendo perfectamente conformar objetos de estudio de enorme interés en otros futuros proyectos, máxime si se tiene en cuenta que en la actualidad han adquirido una mayor relevancia que la que tenían hace casi medio siglo.

Las fuentes empleadas para extraer la información del trabajo proceden de materiales diversos, pero cabe reseñar el papel fundamental que han jugado algunos libros de referencia, como *Nasser: The Last Arab* de Aburish o *Arab Nationalism in the 20th Century* de Dawisha, así como numerosos artículos de las más prestigiosas revistas y publicaciones. Asimismo, en lo que concierne a fuentes de primera mano, este trabajo hace uso de varias declaraciones oficiales y escritos constituyentes de organismos y cumbres internacionales, como la Cumbre de la Liga Árabe en 1967 en Jartum, así como varios documentos desclasificados por agencias de inteligencia, como la CIA. Finalmente, a fin de abarcar el máximo número posible de medios de información, también se hace un uso limitado de noticias y artículos periodísticos sobre asuntos muy concretos, provenientes de periódicos y publicaciones de referencia en sus respectivos campos, como *The Economist* o *Foreign Policy*.

La estructura del trabajo permite exponer escalonadamente las fases de la Guerra Fría Árabe y la evolución experimentada por sus respectivos contendientes hasta su conclusión, ahondando en la aparición del Nasserismo y su difusión regional y en la

respuesta planteada por su némesis para contrarrestar los cantos de sirena que el panarabismo insuflaba a lo largo y ancho del mundo árabe. Además, se subraya el importante legado que esta confrontación tuvo para Oriente Medio, marcando su situación política hasta nuestros días.

4. La Guerra Fría Árabe y sus fases:

4.1 Los Años 50 y la Crisis del Canal de Suez como impulsor del Nasserismo

Al aproximarse la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, se empezó a vislumbrar desde el lado de las potencias victoriosas la relevancia meteórica que Oriente Medio jugaría en el escenario de la Guerra Fría, en contraste con la paz relativa que esta región disfrutó en la Segunda Guerra Mundial, con notables excepciones, cómo las operaciones y batallas en el Norte de África llevadas a cabo por los generales Montgomery y Rommel, o las batallas anglo-italianas en Sudan y el resto del Este Africano. El surgimiento de nuevos actores regionales, cómo el Estado de Israel, el impulso a la descolonización y la eliminación de la influencia británica y francesa desde Argelia hasta Iraq, el desarrollo de un fuerte movimiento panarabista que coqueteó a partes iguales con el pensamiento socialista y los ideales del Movimiento de Países No Alineados, etc., son solo algunas de las nuevas realidades en las que Oriente Medio se vio inmerso en esta era.

Ningún momento de la historia ilustra mejor los problemas y realidades mencionados anteriormente cómo la Crisis del Canal de Suez de 1956, que no fue si no el resultado final del choque de los múltiples intereses divergentes existentes en la región en lo que vendría siendo los prolegómenos de la explosiva rivalidad soviético-estadounidense, que llegará a su cenit a fines de los años 50 y a lo largo de los 60. Este capítulo se centrará en los intereses internacionales presentes en los años 50 que finalmente derivaron en la Agresión Tripartita, nombre con el que se conoce en el mundo árabe a la Guerra del Sinaí,

con especial énfasis en las severas limitaciones nacionales e internacionales que cada uno de los países participantes tuvieron que hacer frente a lo largo de los años 50.

Asimismo, analizaremos en profundidad la búsqueda de prestigio internacional llevado a cabo por el general egipcio Nasser, quien se convertiría, tras los sucesos bélicos de 1956, en el líder visionario de millones de árabes, así cómo en un acérrimo enemigo de las monarquías absolutistas que predominaban y aún abundan en la región y en el impulsor clave de la liberación árabe de la intromisión extranjera en países como Argelia, Libia o Irak. El capítulo concluirá con un estudio de la asertividad y la moderación mostradas por los EEUU y la URSS en este conflicto, el cual marcaría un antes y un después en la identificación de estos dos Estados cómo las dos únicas superpotencias con capacidad real para imponer su voluntad a su antojo, sin contar con los intereses nacionales de los otros poderes tradicionales, Gran Bretaña y Francia, que en esta breve guerra perderán prestigio y credibilidad, entrando ambos en una grave crisis existencial y de sus sistemas de poder.

La Crisis del Canal de Suez de 1956 es la causa fundamental detrás del desarrollo posterior que tendrá buena parte de los conflictos políticos en Oriente Medio, región que únicamente experimentará un terremoto similar con la Guerra de los Seis Días de 1967. La sobreabundancia de Estados con intereses antagónicos en la región y las sensibilidades nacionalistas presentes en todos ellos convergieron abruptamente en los eventos de 1956, un enfrentamiento generalizado de varios actores internacionales que marcaría el paso de la geopolítica mundial, si bien no afectaría desmesuradamente el rumbo de acción exterior adoptado por los dos grandes contendientes individuales de la Guerra Fría.

Varias de las acciones que tuvieron lugar antes, durante, y después de la Guerra del Sinaí serán recurrentes en la historia del siglo XX de Oriente Medio. La nacionalización del Canal de Suez orquestada por Nasser tuvo cómo referente el intento de nacionalización de los yacimientos de petróleo en el Irán de Mossadegh tres años antes, existiendo enormes paralelismos entre ambas acciones por la importancia que dichos activos tienen para las

economías de estos países. Esta acción unilateral y legítima de acuerdo al Derecho Internacional Público, al tratarse el Canal de un consorcio privado en manos extranjeras, fue lo que dio pie a la invasión israelí de la totalidad del Sinaí, secundado veladamente por Gran Bretaña y Francia, y la repulsa internacional de EEUU y la URSS por dichas acciones militares terminarán por producir la humillante retirada de los mismos apenas una semana después de la invasión, sin lograr ninguno de sus objetivos. Finalmente, el afán de vengar el ataque sorpresa israelí será un motivo constante de las sucesivas guerras y tensiones en la región.

El conflicto fue primordialmente; aunque no solo, dado que también se dieron por ejemplo enemistades subjetivas entre dirigentes políticos; causado por la colisión entre los intereses imperialistas del Reino Unido y el naciente sentimiento panarabista. Este último encontró un excelente caldo de cultivo para su movimiento en el Egipto posterior al rey Farouk I de Egipto, convirtiendo a esta nación en la principal defensora de la unión de todos los pueblos árabes bajo un solo Estado, un concepto que ganaría una dimensión global y un amplio apoyo árabe en el contexto de la Guerra Fría (Takeyh, 2000), cómo veremos con la formación de la República Árabe Unida.

I. El antiimperialismo de Egipto y su búsqueda de relevancia internacional

El general Gamal Abdel Nasser tomó el poder en solitario de un empobrecido Egipto en 1954, cuando se sintió lo suficientemente fuerte como para purgar al resto de líderes del Movimiento de Oficiales Libres, los cuales habían ostentado el poder de Egipto desde el derrocamiento del rey Farouk apenas dos años antes. Desde el comienzo de los años 50, Nasser había acumulado poder e influencia en la sombra, aglutinando en torno al ejército otras fuerza políticas y sociales disgustadas con la conducta pro-inglesa del monarca y sus excentricidades, incluyendo a los Hermanos Musulmanes y los partidos comunistas (Aburish, 2004). A pesar de esto, su rango de teniente coronel por aquel entonces le

impidieron ostentar el poder en solitario, surgiendo la figura del General Muhammad Naguib cómo nueva cabeza dirigente en el país de los faraones. No obstante, los intentos de Naguib por operar independientemente de Nasser, y las maquinaciones de este último para recabar apoyo popular durante el bienio de la presidencia de Naguib, terminaron con la fulgurante carrera de este último, apuntalando a Nasser cómo líder indiscutible de Egipto.

A pesar de las numerosas dificultades presentes en el momento para mejorar el desarrollo económico del país, Nasser no solo buscaba sacar a Egipto de su pobre situación económica, sino que también busco convertir a Egipto en el líder del mundo árabe. Para llevar a buen término el nuevo papel ambicionado por Egipto en el ámbito internacional, Nasser implementó intensas reformas internas, al mismo tiempo que desarrollaba un notable perfil internacional gracias al carisma que emanaba de la personalidad de Nasser (Al Jazeera, 2008) .

Por un lado, impulsó reformas nacionales innovadoras, pocas veces vistas en cualquier otro país árabe, que transformaron a Egipto en una república parlamentaria centralizada, algo que en la década de los años 50 despuntaba notablemente entre la mayoría de los gobiernos altamente conservadores del Gran Medio Oriente. Cómo se analizará más adelante, el ejemplo y la política exterior durante la larga presidencia de Nasser (1954-1970) servirían de precursores para que un puñado de países derrocaran a sus propias monarquías reinantes, como fue el caso de Iraq (1958), Yemen (1962) o Libia (1969). Sus promesas para mejorar las vidas de millones de egipcios pronto le llevaron a implementar algunas propuestas de corte socialistas.

Inicialmente, el centro de atención de sus pioneros cambios se puso en una intensa reforma agraria que tenía cómo objetivo, además de empoderar a la mayoría de la población egipcia necesitada de tierra y recursos para subsistir, fomentar una mayor productividad agraria que lograra incrementar los alimentos y materias primas esenciales

para la economía egipcia, como el algodón (Al Jazeera, 2008). Sin embargo, lo que a la postre supondría un viraje más extremo en su política reformista fue la rápida industrialización del país, tratando de consolidar una mayor producción de bienes industriales. Pero, a diferencia de la reforma agraria, la brusca industrialización en un país escasamente preparado para ello, tuvo graves consecuencias económicas y sociales para Egipto, sucediéndose a pequeña escala errores similares a los que el Gran Salto Adelante estaban causando en la China continental a finales de esta década.

El talante reformista de Nasser afectó de pleno a la política exterior egipcia, que vió de su tradicional dependencia de Gran Bretaña hacia un rol de liderazgo en el mundo árabe. Además, el alejamiento de Egipto de Occidente, después de décadas en las cuales Europa había interferido en Oriente Medio intensamente en casos como el argelino o iraní con Francia y Reino Unido, respectivamente, abrió Oriente Medio al escenario de enfrentamiento de la Guerra Fría, en el cual Egipto coqueteó con el Kremlin, mientras EEUU consolidaba aún más sus lazos económicos con Arabia Saudí e Israel, y la influencia de Europa menguaba a marchas forzadas.

Egipto buscó en todo momento ser un actor decisivo en este conflicto mundial y, en última instancia, se benefició de él. Había dos objetivos claros detrás del equidistante acercamiento egipcio hacia los actores internacionales de uno u otro lado: por un lado desterrar toda traza del imperialismo europeo que había imperado tanto en el propio Egipto como en el resto de Oriente Medio durante décadas, y por el otro, aniquilar, o al menos derrotar, al Estado de Israel, el enemigo común a todas las naciones árabes y que constituiría el gran objetivo a largo plazo del panarabismo.

Se puede afirmar que en los años 50 Nasser se centró mucho más en eliminar los resquicios de la influencia británica en la región, mientras que una vez que se logró este objetivo, Egipto tornó su énfasis, sobre todo en los años 60 y principios de los 70, en el conflicto árabe-israelí, motivado más si cabe por la participación militar clave de Israel en

el conflicto de 1956. El hecho de que el Reino Unido aún tuviera gran influencia en buena parte de las cuestiones regionales del mundo árabe perturbaba profundamente a Nasser, el cual creía que dichos asuntos debían de ser resueltos únicamente por los árabes en su lucha por labrarse un destino propio común.

Si a la omnipresente militarización británica del área del Canal de Suez se le suma la constante intromisión occidental en esta región previamente mencionada (Brown, 2001), es fácil discernir por que la prioridad para Nasser era destruir cualquier posibilidad de una futura interferencia extranjera, especialmente la de los británicos. Ejemplos de la prolongada presencia de Gran Bretaña en el Gran Oriente Medio, y del resentimiento que esto causaba en la mayoría de la población no solo de Egipto, sino del resto de Oriente Medio, se puede apreciar en la revolución iraní de 1953 contra Mossadegh, y las graves consecuencias que la intromisión anglo-estadounidense acabaría teniendo en fechas posteriores, al ser causante directo del sentimiento antioccidental imperante en buena parte de la sociedad persa (Risen, 2000).

En consecuencia, la principal oposición a los esfuerzos del Reino Unido por consolidar al menos parte de su otrora gran influencia en el Medio Oriente vino de Nasser, personaje que se convertiría en una verdadera obsesión para el gobierno británico de finales de los años 50, que llegó a tacharlo de seguir la misma senda que Hitler, y que suscitaba la inquina personal del Premier británico, Anthony Eden (Kristof, 2003).

Cómo ejemplo de los esfuerzos de Nasser por socavar las iniciativas anglosajonas destaca su oposición frontal al Pacto de Bagdad o CENTO. Este pacto constituido en 1955 en la capital mesopotámica, era una alianza militar y de cooperación patrocinada por los británicos con todos los países musulmanes del norte (Turquía, Iraq, Irán y Pakistán). Nasser condenó desde el nacimiento de este pacto las intenciones flagrantemente abiertas del Reino Unido de seguir teniendo voz y voto en los asuntos de Oriente Medio a través del mismo, y una de sus primeras acciones en política exterior sería impedir con

éxito que más Estados se incorporaran al Pacto, como en el caso de Siria o Jordania (Blackwell, 2009).

Asimismo, después de la aplastante derrota de las potencias occidentales en 1956, Nasser, en la cumbre de su popularidad en todo el mundo árabe, así como en el llamado Mundo Libre (Osman, 2010), aprovechó la nueva relevancia de su figura para instigar el golpe iraquí de 1958 contra la monarquía pro-británica hachemita de Iraq, desvaneciendo así las esperanzas británicas de que CENTO tuviera una fuerte relevancia en las cuestiones de Oriente Medio.

De manera singular, la era nasserista se caracterizó por dos premisas o movimientos que dictaron intensamente la política internacional egipcia de los años 50 y 60; movimientos que eran complementarios a los dos objetivos principales señalados con anterioridad.

En primer lugar, Nasser imaginó una unidad del mundo árabe que no había existido desde los tiempos de Saladino. Llevó el movimiento del arabismo un paso más allá, ya que creía que la fusión entre las naciones árabes sería la piedra angular para terminar de una vez por todas con las luchas intestinales dentro del mundo árabe. Según él, evocando el tópico popular de “Paris bien vale una misa”, los objetivos y responsabilidades comunes a todos los árabes, como repeler a las potencias coloniales y liberar Palestina después de la bochornosa actuación del conjunto de los Estados árabes en la guerra de 1948, debían de lograr la ansiada unificación árabe.

El prestigio y la influencia de Nasser recibirían un impulso definitivo después de la Crisis de Suez y su defensa de todos los pueblos árabes, no solo de los egipcios (Ginat, 2010), convirtiéndolo en la única personalidad árabe del siglo XX que ha tenido influencia suficiente para inspirar a millones de árabes sobre las bondades que acarrearían una unión árabe fortalecida. Sin embargo, la visión de Nasser de un Estado árabe unificado

reforzado dirigido por Egipto fue recibida con escepticismo y abierto desafío por todas las monarquías árabes conservadoras.

Al principio, esta oposición fue liderada por el archirrival de Nasser, el primer ministro Nuri al-Said de Irak, quien antes de su asesinato en 1958 había presionado por un reino hachemita unificado de Irak y Jordania, para contrarrestar los esfuerzos de Nasser hacia una República Árabe Unida socialista. Después de que el Golpe de Estado de 1958 en Irak terminase con la tradicional rivalidad iraquí con Egipto, el rey Faisal de Arabia Saudí hubo de asumir el rol de enfrentar los objetivos expansionistas de Nasser, por ejemplo, en Yemen, abanderando la causa del panislamismo en vez del panarabismo nasserista (Kuebler, 1966).

En segundo lugar, Nasser fue el líder clave, junto con Nehru, Tito y Sukarno, del Movimiento de Países No- Alineados, una punto de encuentro crucial de naciones heterogéneas, que intentaron encontrar, de forma más idealista que efectiva, una tercera vía que defendiese y protegiese los intereses de la gran mayoría de los Estados frente a los temidos bloques enfrentados: comunismo y el imperialismo occidental. El movimiento neutralista, como comúnmente se le denomina, fue definido y establecido en la Conferencia de Bandung de 1955 y la Conferencia de Belgrado de 1961, cumbres en las que Nasser fue visto como la voz más legítima para hablar en nombre del movimiento de unidad árabe (Primera Conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno de los Países No Alineados, 1961) (Encyclopædia Britannica, 1998).

Una consecuencia intencionada del respaldo de Nasser al Movimiento de los Países No Alineados fue que su imagen autorretratada de neutralidad hizo de Egipto uno de los Estados cuya amistad fue más perseguida por ambos bloques hegemónicos en la Guerra Fría, buscando Nasser en todo momento no ponerse unilateralmente del lado de uno u otro para obtener concesiones lucrativas por ambos bandos (Ferguson, 2000).

Si consideramos el éxito egipcio para poner fin a la influencia de Gran Bretaña y Francia en la región, que finalmente cristalizaría en la casi total desaparición de los mismos en suelo árabe, entendemos que la mirada de Nasser se centrara consecuentemente en Israel. A ojos de la mayoría de los árabes, Israel no solo encarnaba una afrenta constante a su orgullo, sino que también era visto como un "caballo de Troya" occidental en la patria árabe, destinado a dividir las voluntades de los diferentes Estados árabes y distraerlos de otros objetivos más elevados, como pudieran ser la creación de un Estado árabe unificado que fuese capaz de defender mejor los intereses de sus ciudadanos. En este sentido, la vigorosa participación de Israel en la Crisis de Suez derivó en un mayor odio árabe hacia Israel, una problemática que seguiría presente en la mayor parte de la toma de decisiones en Egipto hasta mucho después del tratado de paz entre Egipto e Israel de 1979 (Gaddis, 2005).

Para el Egipto de finales de la década de los años 50, Israel representaba una amenaza militar y de prestigio, e indudablemente Egipto utilizaba la causa anti-semita de manera patriótica, para autoproclamarse como el principal Estado de Oriente Medio en abierto desafío con Israel. Pragmáticamente, Nasser sabía que oponerse por sí solo a Israel sería fútil y que difícilmente los objetivos que Egipto perseguía podrían ser fructíferos por su cuenta y riesgo. Es por esto que Nasser llevaría a cabo una política de acercamiento a sus vecinos árabes, estrategia que finalmente ayudó a sentar las bases para una mayor integración árabe, como la futura República Árabe Unida formada con Siria en 1958, y para lograr apoyos, como la ayuda de Jordania a lo largo de los principales enfrentamientos con Israel de la década de 1960.

Aunque no se tratará ampliamente en este ensayo, Nasser empleó una retórica agresiva contra Israel en casi todos los discursos que pronunció en el mundo árabe, especialmente después de 1956, con el objetivo de reunir la ira generalizada en todo el mundo árabe hacia su causa panarabista. Este compromiso de Nasser para luchar contra Israel en todos los campos no se extendió al militar salvo en la Guerra de 1967, ya que en la conciencia de

Nasser impero el recuerdo de la aplastante derrota militar, que no diplomática, de Egipto en la Guerra de 1956. En su lugar, Nasser trató de cultivar los medios diplomáticos que pudieran permitir a Egipto crear una amplia alianza para combatir de igual a igual contra su incómodo vecino (Ibrahimi, 1972).

II. La ardua confrontación de Gran Bretaña con el nuevo orden mundial

La razón principal de la ruptura entre Egipto y el Reino Unido surgió porque cada una de las partes tenía una perspectiva diferente sobre el papel de Oriente Medio en la política internacional. El creciente poder de Nasser en esta región fue considerado una amenaza tanto para los Estados Unidos como por Gran Bretaña, ya que abría la veda a cuestionar la influencia del mundo occidental en la región (Hahn, 2004). Además, Gran Bretaña estaba inmersa en el que probablemente fuese en uno de los momentos más desafiantes y desconcertantes para su identidad nacional, después de que la Segunda Guerra Mundial hubiese acabado no solo con la preeminencia económica mundial que el Reino Unido había disfrutado durante casi un siglo, sino también su imperio colonial, inmerso en su imparables y rápida descolonización (Pierce, 2009).

Aunque el proceso de descolonización del Imperio de Su Majestad fue afrontado de forma bastante pragmática por parte de las Administraciones británicas, especialmente la del Primer Ministro laborista Clement Atlee en el caso indo-pakistaní, la pérdida de sus dominios antaño impresionantes tuvo un impacto traumático en la sociedad del Reino Unido. En este sentido, como también ocurriría con aún más intensidad y resistencia en las otras grandes potencias coloniales europeas como Francia, Holanda y Portugal, la pérdida de influencia en los asuntos mundiales tuvo un impacto psicológico y moral más duro en los más viejos y más conservadores elementos de la sociedad, como pueden atestiguar las obstinadas acciones militares directas del Primer Ministro Winston Churchill contra movimientos independientes en Malasia y Kenia (Ferguson, 2000).

Esto explicaría en parte el fuerte apoyo popular disfrutado durante los años 50 y 60 por figuras como Charles de Gaulle, Antonio Salazar, o el ya mencionado Churchill (Bandeira Jerónimo, 2015). No obstante, la presidencia de dos años de Anthony Eden, antiguo Secretario de Asuntos Exteriores del Reino Unido durante los años anterior a la Segunda Guerra Mundial, precipitaría los acontecimientos de 1956. Un firme opositor de la política de apaciguamiento de los regímenes fascistas italianos y alemanes llevada a cabo por Neville Chamberlain, asumió el poder después del retiro final de Churchill en 1955, su mentor y al igual que Eden, contrario a la política de apaciguamiento de sus predecesores.

Al igual que su antecesor, Eden no supo adaptarse a la realidad de que los años dorados del Reino Unido habían llegado a su fin con la Segunda Guerra Mundial, a pesar del sinfín de elementos que Gran Bretaña aún agitaba como prueba de su posición como la tercera superpotencia del mundo, tales como su arsenal nuclear y su asiento permanente en el Consejo de Seguridad. En cambio, Eden buscó mantener la política exterior etnocéntrica que había caracterizado a las naciones de Europa Occidental a lo largo de la historia, y la piedra angular de su corta presidencia sería mantener la influencia tradicional de Gran Bretaña en la amplia región de Oriente Medio.

Sin lugar a dudas, los mayores desafíos para la agenda internacional de Eden fueron las arriesgadas acciones que Nasser había estado llevando a cabo desde su toma del poder. Las objeciones de Nasser a seguir permitiendo que Reino Unido siguiese interfiriendo en la región dieron al traste con muchas de las iniciativas patrocinadas por Eden, siendo el Pacto de Bagdad, que requirió una considerable inversión de capital diplomático y pecuniario para contener cualquier futuro avance soviético en Oriente Medio, el mayor de los fracasos de su política exterior temprana. Este golpe a la capacidad de influencia británica, muy cuestionada de por sí por la descolonización y la hegemonía occidental de Estados Unidos, fue casi por completo culpa de las críticas efectivas dirigidas por Nasser hacia Iraq, el único país árabe en unirse al CENTO, así como por los intensos esfuerzos

diplomáticos de Egipto para lograr el rechazo sirio y jordano a una eventual unión al mismo (Departamento de Estado de Estados Unidos).

Asimismo, Edén y el presidente estadounidense, Dwight D. Eisenhower habían aceptado, a pesar de su mutua desaprobación de las políticas de Nasser y el inquina personal de Eden hacia el dirigente egipcio, financiar casi en su totalidad el gigantesco proyecto de construir la nueva Presa en Asuán. Esta represa estaba considerada cómo el proyecto principal de Nasser para impulsar el potencial económico de Egipto, que a lo largo de la historia ha estado ligada casi en su totalidad al curso del río Nilo. Una empresa de este calibre requería unos sustanciales gastos que Egipto era incapaz de afrontar en solitario, por lo que este país hubo de solicitar ayuda por valor de 270 millones de dólares estadounidenses.

El montante total iba a ser proporcionado en dos partes, siempre que Egipto se aviniera a cumplir los términos interpuestos por Occidente: un préstamo anglosajón por valor de 70 millones de dólares, en una proporción del 80% / 20% entre los Estados Unidos y el Reino Unido, respectivamente; y 200 millones granjeados por el Banco Mundial, organismo dominado ya por aquel entonces por Estados Unidos. Los Estados anglosajones estaban dispuestos a destinar tal cantidad de recursos económicos a Egipto debido al temor que albergaban de que, a menos que financiaran el proyecto hidroeléctrico de Nasser, la Unión Soviética les tomaría la delantera, ganando más influencia en la región (Eden, 1960).

No obstante, desde el punto de vista británico, Egipto violó varias de las condiciones interpuestas para la concesión del préstamo, lo que imposibilitó que se materializara el cumplimiento del acuerdo con Nasser. Además del agresivo antiimperialismo egipcio, la presencia militar británica estacionada en el Canal de Suez para salvaguardar tanto la libre navegación del tráfico marítimo como los intereses británicos era el gran punto de fricción entre ambos Estados en los años 50. El 19 de octubre de 1954 se firmó un tratado para

desmantelar gradualmente la presencia continuada de guarniciones británicas en suelo egipcio, acuerdo que fue suscrito por un Nasser recién llegado al poder junto a Naguib, y por el Secretario de Asuntos Exteriores del Reino Unido con Churchill, Anthony Nutting (Milner, 2011). Aunque el acuerdo abogaba por una progresiva reducción de las tropas durante un período transitorio de siete años, la presión social y política en Egipto se reanudó meses después de la ratificación del tratado, presionando por el desmantelamiento completo de las bases militares de manera inmediata, lo cual finalmente sucedió antes de lo previsto a comienzos de 1956 (Nutting, 1967).

Para completar la alienación británica con Nasser, el intento de este último de remilitarizar a las obsoletas fuerzas armadas egipcias, inicialmente con la única intención de poder luchar contra Israel en cualquier confrontación futura, a pesar de los compromisos de Gran Bretaña por abandonar el Canal antes de lo acordado y no responder a las soflamas antiimperialistas provenientes de Egipto, se convirtió en la gota que colmo el vaso a ojos de Eden, que empezó a planificar junto a los franceses e israelíes la manera de poner fin al envalentonamiento del país del Nilo.

Conscientes de las dificultades que iban a surgir tarde o temprano en Oriente Próximo después de la Guerra de 1948, las principales potencias occidentales (Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia) firmaron en 1950 la llamada "Declaración Tripartita". El objetivo de esta coalición era poner coto a cualquier enfrentamiento futuro entre estos dos bandos para que sus efectos pudieran ser controlados. De este modo, la carrera armamentista a pequeña escala en la zona del Mediterráneo Oriental estaría controlada remotamente por Occidente, quien se aseguraba que cualquier venta de armas a un lado se combinara con la venta de armas de igual cantidad y calidad al lado opuesto (Neff, 1981/2).

Después de mucha deliberación, el Reino Unido y los Estados Unidos acordaron dejar de vender armas a Egipto, salvo aquellas que fuesen catalogadas como puramente

defensivas, una acción que enfureció profundamente a Nasser, ya que redujo todas las posibilidades que pudiera tener Egipto de iniciar y liderar una ofensiva contra Israel. Debido a la carencia de armamento y sus restricciones para acceder a sus proveedores tradicionales, Nasser inició conversaciones con el gobierno sirio para circunvalar este embargo, lo que dio lugar al conocido acuerdo de armas de 1955 firmado con el Estado satelital soviético de Checoslovaquia (Guy, 2007). Tras abrir la caja de Pandora que suponía el que Egipto acudiese al bloque soviético para suministros armamentísticos, los británicos se movilizaron rápidamente para bloquear cualquier financiación occidental de la presa de Asuán, lo que finalmente desencadenó la nacionalización de Canal de Suez y la consiguiente crisis.

III. El dilema de Estados Unidos: tener que lidiar con Nasser, la amenaza soviética y el belicismo europeo

Mientras que en el caso de Gran Bretaña las razones detrás de la oposición a las políticas de Egipto se encontraban en su renuencia a aceptar que ya no tenía la capacidad de influir en los asuntos árabes al mismo nivel que solía hacerlo desde el siglo XIX, Estados Unidos tenía otras preocupaciones complementarias a las inglesas que la hacían recelar de las intenciones de Egipto. En su política de contención de la influencia de la Unión Soviética en el Oriente Medio, Estados Unidos emitió una serie de condenas por determinadas acciones de Nasser durante los años posteriores al Golpe de Estado de 1952.

Estados Unidos veía con recelo la tendencia de Nasser por desafiar algunas de las directrices de política exterior estadounidense; y la inestabilidad provocada por las acciones de Egipto a fines de los años 50 obligó a Estados Unidos a involucrarse más en los asuntos de Oriente Próximo, coincidiendo con el enfriamiento de las tensiones en el Lejano Oriente tras la sangrienta Guerra de Corea. Por ejemplo, a ojos del Departamento de Estado, encabezado durante la primera Administración Eisenhower por John F. Dulles,

Nasser enturbió con asiduidad las aguas de lo que podría haber sido una relación plenamente amistosa con los EE. UU, con acciones como el rápido reconocimiento diplomático egipcio de la República Popular de China dirigida por Mao Zedong (Smith, 2007).

Por otra parte, el liderazgo de Nasser en el Movimiento de Países No-Alineados fue percibido cómo una forma de que Egipto testara las aguas sobre la reacción y en general la fuerza de Occidente, que en este momento creía firmemente que el Movimiento de Países No-Alineados coqueteaba encubiertamente con algunos ideales socialistas (Ellis, 1989) . Esta sospecha se basó en gran medida en hechos geopolíticos e históricos, ya que EE. UU. consideraba que los lazos de varios países con la URSS, como Yugoslavia, y los rencores de otros países hacia el colonialismo, como India o Indonesia, eran un caldo de cultivo para la desafección de los ideales occidentales, y por ende empujaban a un acercamiento velado de sus miembros hacia la superpotencia comunista (Shapiro, 2009) (Allison, 1991).

Curiosamente, el acuerdo de armas entre Egipto y Checoslovaquia, que fue recibido como un signo ominoso de las verdaderas intenciones de Nasser para con Occidente, solo fortaleció la voluntad del gobierno estadounidense de congraciarse, en la medida de lo posible, con Nasser. La política de contención llevada a cabo por Dulles requería por fuerza mayor la cooperación de este importante actor árabe, y en un principio se planteó garantizar el respaldo de Egipto con el flotador financiero del proyecto de la Presa de Asuán. Sin embargo, minando la buena voluntad superficial de los estadounidenses seguía existiendo los continuos desaires públicos de Nasser (William, 1986).

Estados Unidos, a diferencia de los británicos (Fain, 2008), tenía pocas razones para enfrentarse directamente con Egipto una vez que las trompetas de guerra empezaron a sonar más claras (Hahn, 2004). Por un lado las relaciones bilaterales entre estos dos Estados habían sido escasas hasta la fecha, la situación doméstica en EEUU no era proclive

a meterse en otro conflicto fuera del área de influencia estadounidense, y los intereses de este país se centraban principalmente en mantener a raya la influencia soviética, así como en asegurar la frágil paz en la región.

Sin embargo, las acciones de Nasser y su propaganda antioccidental a través de canales como la 'Voz de los Árabes' tuvieron dos efectos principales en los Estados Unidos: por un lado, destrozaron cualquier connato de simpatía por la imagen de Nasser entre los constituyentes estadounidenses, pero por otro lado, reafirmó la falta de voluntad de la mayoría de los norteamericanos para enredarse en los asuntos de Egipto, divergiendo sustancialmente de la reacción que Nasser suscitaba en las sociedades europeas, que mostraban mucho más inclinación por tomar el asunto en sus propias manos.

En este sentido, Estados Unidos, que en este momento ejercía una enorme influencia en toda Europa occidental gracias a la ayuda financiera para la reconstrucción europea a través del Plan Marshall y al paraguas de seguridad que otorgaba contra la amenaza soviética, tenía la ventaja de imponer su voluntad por encima de los intereses nacionales de los Estados europeos. Esta realidad se acabaría demostrando en la Crisis de Suez, cuando EEUU unilateralmente decidió limitar los recursos financieros del Reino Unido por medio de la desestabilización de la libra esterlina británica en el todopoderoso mercado norteamericano.

Es por todo esto que, tomando en cuenta la proximidad de las elecciones generales estadounidenses, donde Eisenhower se postulaba a la reelección; la fuerte impopularidad que acarrearía cualquier participación de EEUU en las cuestiones internas de Egipto; y los beneficios más bien pequeños que dicha participación reportaría para Estados Unidos; no sorprende que Eisenhower se convenciese de lo inadecuado de involucrarse en el conflicto del Canal de Suez. El Presidente norteamericano optó por no enviar al Congreso el préstamo para la Presa de Asuán en Egipto para su aprobación, pero al mismo tiempo evita respaldar cualquier otra acción que pueda antagonizar a Egipto (Robertson, 1964), y

gran parte de los árabes en el proceso. Esta decisión crucial, que prevalecería a lo largo del conflicto de 1956, no dejó a Nasser más opción que la de buscar internamente los recursos monetarios para continuar con la represa, a través de la nacionalización del Canal de Suez (Milton-Edwards, 2001), y aceptar la ayuda soviética prometida por Nikita Khrushchev (Robertson, 1964).

IV. Francia y su deseo por involucrarse en la Crisis del Canal de Suez

Sin lugar a dudas, Francia fue el país con menos intereses en juego en los asuntos de Oriente Medio que estuvo involucrado en la Crisis de Suez. Esto pudiera deberse a la escasez de intercambios entre "la tierra de los faraones" y la Cuarta República Francesa, a pesar de que esta última en el siglo XIX, con el desarrollo de la campaña de Napoleón en Egipto y la construcción francesa del Canal de Suez por Lesseps, había mantenido bastantes vínculos con Egipto, situación similar a la que mantendrían Reino Unido o incluso Italia durante parte del siglo XX.

Resulta por tanto curioso que los asuntos de Egipto jugaran un papel tan importante en la desestabilización de la frágil Cuarta República Francesa, la cual a pesar del increíble crecimiento económico registrado desde la Segunda Guerra Mundial gracias al Plan Marshall y fondos del Banco Mundial (The Bank's World, 1987), tuvo que enfrentarse a considerables amenazas internas, como los movimientos secesionistas en Córcega y la fuerza considerable del Partido Comunista Francés. Entre las numerosas dificultades en los años 50, la que supondría finalmente la caída de la 4ª República y la coronación de Charles de Gaulle y el Gaullismo como el movimiento político prevaleciente de Francia hasta al menos 1968, fueron el quebradero de cabeza que suponía Argelia.

El primer ministro francés de la época, Guy Mollet, tuvo que hacer frente a un movimiento revolucionario árabe-argelino cada vez más preparado para enfrentarse al

poder de la metrópolis gala, y Nasser en su estrategia panarabista y antiimperialista, apoyaba a los rebeldes argelinos del Frente de Liberación Nacional (FLN), proveyéndoles de apoyo moral y financiero. Mollet se dio cuenta de que la principal amenaza que se cernía sobre Francia era la agitación de los diversos territorios islámicos que aún permanecían bajo el control de la Francia colonial, especialmente Argelia, que tenía el estatus de provincia y contaba con una enorme presencia de colonos franceses, llamados coloquialmente “Pieds-Noirs”.

La clave para entender el hondo malestar francés hacia Egipto en estos años radica en los mensajes de Nasser en pos de la unidad árabe y para deshacerse del yugo imperialista que tuvieron el efecto de intensificar la oposición de parte de la población argelina hacia París durante los años 50. En esta línea, el papel de Francia como gran aliado de Israel, incluso más que EEUU en esta época, y proveedor de armas a la causa sionista, tensó las relaciones franco-egipcias a su pico más alto, dando consecuentemente lugar a una profundización de la estrecha colaboración entre israelíes y franceses (Kyle, 2011), hasta el punto de que fue Francia el colaborador crucial de Israel para que este desarrollase su arsenal nuclear (Neff, *Warriors at Suez*, 1981) (Rabinovich, 2016).

Tratar de poner fin de una vez por todas al respaldo egipcio a las insurgencias argelinas fue lo que marco el camino de la participación francesa en el Conflicto del Canal de Suez. Mollet orquestó, con el apoyo de Eden y Ben Gurion, el complejo plan que debía justificar la intervención anglo-francesa y la incursión militar a Egipto en 1956, y los detalles preliminares del pacto tripartito entre Reino Unido, Israel, y Francia, fueron acordados de manera secreto en suelo francés, en Sevres (Negro, 2006). Asimismo, teniendo en cuenta que Francia tenía mucho menos que perder que el Reino Unido o Israel en este conflicto, y que Estados Unidos no tenía tanta influencia con Francia como con el Reino Unido, no supuso ninguna sorpresa que Francia estuviera dispuesta a continuar el conflicto en mayor grado que Gran Bretaña, que en realidad era el país al que más le afectaba la nacionalización del canal (Kyle, 2011).

V. Israel: en busca de beneficiarse de las acciones franco-británicas

La última de las partes involucradas militarmente en la Crisis de Suez, excluyendo a la Unión Soviética, que se limitó a amenazar a las potencias europeas y a apoyar la condena de Estados Unidos en el Consejo de Seguridad de la ONU, fue el Estado de Israel. La tensa presencia de Israel en el Levante no deja de ser un recordatorio constante de la desunión característica del mundo árabe, y esta característica era más pronunciada en la primera década de su existencia como Estado al emplear las enemistades durante la Guerra de 1948 entre las naciones árabes en beneficio propio. Sin embargo, cuando Egipto empezó a adquirir mayor preeminencia en el mundo árabe tras el derrocamiento del rey Farouk, la beligerancia de este último país se convirtió en un asunto más apremiante para las autoridades israelíes.

El aumento de las tensiones bilaterales fue paulatino y condujo en última instancia a la participación activa de Ben Gurion en la contienda. En primer lugar, el tráfico marítimo con destino a Israel, que pasaba necesariamente por el Canal de Suez y el Golfo de Aqaba para llegar a las costas israelíes, había encontrado desde 1948 obstáculos insalvables, en forma principalmente de inspecciones, que amenazaban su viabilidad económica. Estas inspecciones comerciales, de carácter punitivo, experimentaron un crecimiento exponencial con la llegada de Nasser al poder, dado el mayor control del Canal por parte de los egipcios gracias al famoso Acuerdo Anglo-Egipcio.

En segundo lugar, Nasser era consciente de la militarización efectiva que estaba efectuando Israel, que se atribuía en buena medida a Francia y su incumplimiento de lo acordado en la Declaración Tripartita (Neff, *Warriors at Suez*, 1981), lo que llevó a Nasser a sentirse inseguro sobre la capacidad de respuesta de Egipto a una eventual agresión de Israel. Esto condujo a la temida carrera armamentística que la Declaración trataba de contener, causando la internacionalización del conflicto con la búsqueda de armamento en los dos bloques antagónicos por parte de los países en liza en la región.

Finalmente, Nasser contaba en su poder con la válvula que permitía o restringía las incursiones que los fedayines, guerreros palestinos alienados por los recientes acontecimientos que habían tenido lugar en Tierra Santa, llevaban a cabo en suelo israelí a través de Egipto (Kameel, 1996). A medida que escalaba la tensión entre los dos países y Nasser sentía que se consolidaba su permanencia en la Jefatura del Estado egipcio, el número de ataques contra la población israelí fue en aumento con la complicidad de Nasser, lo que enfureció profundamente al gobierno laborista de Israel. En lugar de amilanarse, Ben Gurion optó por tensar la relación al máximo, autorizando que se llevasen a cabo complots centrados en socavar el poder de Nasser, siendo el *Affaire Lavon* primordial entre estos por el estrepitoso fracaso que supuso (The New York Times, 1960). La disposición de Israel para poner fin a las belicosas acciones de Nasser, y la oportunidad que se le presentó a Ben Gurion para colaborar con las dos principales potencias europeas a tal fin, selló el pacto que desencadenaría la infame Agresión Tripartita.

VI. Resultado

El escenario de la Crisis del Canal de Suez de 1956 hizo alusión a una constelación de países y sus intereses nacionales; que se oponían en su afán por acumular mayores cuotas de poder para sus propios Estados. El conflicto, que apenas duró más de una semana, dejó profundas cicatrices en las potencias europeas, que hubieron de enfrentarse forzosamente a la realidad de su actual posición en el nuevo orden mundial. Las facciones conservadoras del Reino Unido entraron en crisis con la constatación de la pérdida de influencia británica real en el mundo, y la actitud del Reino Unido tornaría a convertirse en la de aliado preferencial de la nueva superpotencia occidental, los EE. UU. Además, en Oriente Medio, los resquicios de influencia de Gran Bretaña comenzarían a desmoronarse como castillos de naipes, con el debilitamiento de sus aliados hachemitas y yemeníes, dejando al antiguo poder hegemónico únicamente con presencia tangible en países o

enclaves del Golfo Pérsico y la Península Arábiga (Kuwait, Emiratos Árabes Unidos, Omán, Adén, etc.).

Francia, por otro lado, tuvo una crisis existencial similar, exacerbada por el impulso que la victoria de Nasser tuvo para los movimientos independientes del norte de África. Sin embargo, los franceses fueron mucho más reacios a renunciar a su añorado liderazgo en el mundo, y cuando se dieron cuenta de que por sí mismos nunca iban a competir codo a codo con los soviéticos y los estadounidenses, Francia se volcó de lleno en convertirse en la locomotora principal del proyecto de una Europa unida, que esperaba moldear a su gusto. Este sentimiento de auto-empoderamiento se agudizó durante la presidencia de Charles de Gaulle, en momentos históricos como el abandono de Francia de la OTAN y el veto de De Gaulle a la entrada del Reino Unido en la Comunidades Económicas Europeas, puesto que pensaba que los británicos solo iban a ser la manera estadounidense de inmiscuirse en el galopante proyecto europeo.

Egipto emergió como el mayor ganador del conflicto, catapultando al estrellato a la figura de Nasser en todo el mundo árabe, a pesar de que en realidad la guerra había sido un desastre militar para Egipto y solo la intervención de EEUU y la URSS frustró la victoria de la Coalición Tripartita. El amargo sentimiento egipcio en contra los atacantes, especialmente Israel, garantizó que las cuestiones de Oriente Medio no se iban a apaciguar en el corto plazo, con los resquicios del conflicto no resuelto entre Egipto e Israel, que todavía luchaban por el territorio del Sinaí, en primera fila.

Por último, EEUU y la Unión Soviética hallaron nuevos campos de combate tras el vacío de poder dejado por las naciones europeas, ya que el movimiento antiimperialista de Nasser sirvió de inspiración tanto a buena parte de las poblaciones árabes descontentas con sus regímenes políticos actuales, como al gran número de territorios aún en proceso de descolonización en África y Asia. Los soviéticos empezaron a apoyar vigorosamente a Nasser y a los regímenes republicanos árabes con fondos y armamento, mientras que

EEUU intensificó sus relaciones con los regímenes conservadores de Oriente Medio, como fue el caso de Arabia Saudí e Irán. La relevancia de la Crisis del Canal de Suez es fundamental para analizar el ascenso de Egipto como líder de la facción panarabista que estará en constante enfrentamiento durante los años 60 y 70 en la llamada Guerra Fría Árabe, dando pie a explicar como durante los 60 se consolidará no solamente el bloque panarabista, si no también las monarquías musulmanas apoyadas por EEUU.

4.2 Enfrentamiento entre las Republicas Panarabistas y las Monarquías Conservadoras Panislamistas durante los años 60

El movimiento panarabista liderado por Nasser hasta su muerte busco en todo momento un objetivo común: la unión fraternal de los pueblos árabes, conformando todos juntos un Estado árabe unitario cuyo tamaño y relevancia internacional tuviese que ser tomado en cuenta por todas las potencias del Orbe, y que lograrse varios de los grandes objetivos árabes de deshacerse del molesto Estado de Israel y de ser auto-suficientes con respecto a terceros países que quisieran aprovecharse de su actual desunión.

Esta ambicionada unión bajo liderazgo egipcio causo gran alarma en las monarquías autocráticas que predominaban en la región, ya que el ejemplo egipcio de republicanismo con valores socialistas y anti-imperialistas amenazaba el control directo que los monarcas ejercían en sus feudos y sus lucrativos negocios, sobre todo de carácter petrolífero, con los grandes hegemonos del momento. Además, la relativa falta de tradiciones y religión como elemento cohesionador del mundo árabe dentro del panarabismo repelía a estas mismas monarquías que bajo el amparo del Islam, como Arabia Saudí en su condición de custodio de los lugares sagrados de la Meca y Medina, habían encontrado un elemento que les posicionaba como los legítimos garantes de los preceptos del Islam y su necesaria imposición y expansión por el mundo.

Se emprenderían a finales de los años 50 y 60 diversos intentos más o menos infructuosos por materializar la unión de varios Estados en Oriente Medio, tanto por parte de repúblicas afines al panarabismo, como en menor medida por monarquías panislamistas. Asimismo, la divergencia entre ambas visiones desembocó, como ocurría en el conflicto hermano-mayor de la Guerra Fría, en una serie de Conflictos de Proximidad, “Proxy Wars”¹, entre Egipto y Arabia Saudí, como respectivos líderes de los bloques antagónicos.

I. Fracaso de las grandes uniones de Estados árabes

El prestigio que acumuló Nasser al término de la Crisis del Canal de Suez, que fue considerada un gran triunfo de este Jefe de Estado a pesar de los abrumadores reveses militares, lo encumbraron a él y al panarabismo a la cima de la popularidad en Oriente Medio, especialmente entre las clases sociales más deprimidas y subjetivas a los ideales de igualdad socialista (Dawisha, 2009). A perfeccionar esta imagen de ícono ayudó el intensísimo uso que Nasser utilizaba de la radio para hacer llegar sus mensajes a las masas de Egipto y sus países vecinos, convirtiéndose con su personalidad única en uno de los líderes más carismáticos del siglo pasado (Dawisha, 2009).

La fama no solamente le granjeó apoyo popular, sino que también le sirvió en bandeja de plata la conformación de alianzas con varios actores regionales. Su apoyo explícito a los movimientos de liberación nacional en Argelia le valieron ser una figura de referencia para numerosas guerrillas y movimientos paramilitares, tales como el Frente Nacional de Liberación argelino y el Movimiento Nasserista Independiente. Este último es un pseudo-partido político y con milicias del Líbano que apoyaba a ultranza las tesis de Nasser (Hafez,

¹ Nota sobre Proxy War:

Naciones Unidas cataloga como Proxy Wars a aquellos eventos bélicos entre dos o más actores internacionales, no necesariamente Estados, cuya confrontación se encuadra dentro de un conflicto más grande entre dos poderes más fuertes que buscan evitar las hostilidades directas entre ellos.

1977), hostigando al gobierno pro-occidental de Beirut con el apoyo de Egipto, y siendo el causante en buena medida de la Crisis del Líbano de 1958, que hubo de ser solventada por una breve invasión estadounidense en suelo libanes (Tinguy, 2007).

Pero si hubo una alianza que iba a marcar el rumbo del panarabismo en estos años esta fue el hermanamiento de los partidos socialistas Ba'ath en los países donde o bien gobernaban, o bien contaban con una amplia presencia. El Partido Socialista Árabe Ba'ath fue fundado en Damasco en 1947, y destacaba por su defensa de la unión de los Estados árabes, del anti-imperialismo, etc. (George, 2003), lo que le puso en muy buenos términos con Nasser y sus planteamientos similares. Nasser, a pesar de no ser miembro del Ba'ath dado su historial castrense, compartía buena parte de su ideario, y no dudo ni un momento en prestar apoyo financiero y moral a este partido en otros países, principalmente en Siria e Iraq.

La ayuda prestada por Nasser a este partido en Siria tuvo su contrapartida eventualmente. Aún no siendo la fuerza mayoritaria de Siria, el Ba'ath sí que formaba parte del gobierno y ostentaba carteras tan importantes como la de Asuntos Exteriores o Economía (Kaylani, 1972). Desde estas posiciones de poder, los dirigentes socialistas sirios pudieron ver de primera mano como las potencias occidentales trataban de coaccionar a Siria para que renegara del socialismo, lesivo para los intereses occidentales, muchas veces alegando el riesgo que el Partido Comunista sirio (Brecher, 1997), de un tamaño considerable, representaba para el ex-mandato francés. En 1957, EEUU y sus aliados regionales (Turquía, Iraq, Jordania y Líbano), temiendo que los comunistas se hubiesen hecho con el poder efectivo en Siria tras una serie de movimientos realizados desde Moscú y Damasco, movilizaron tropas en la frontera turco-siria, lo que causó una crisis interna de gran calado en la joven república (Anderson, 1995).

Aunque las tensiones de esta crisis se enfriaron rápidamente, la constatación por parte de Siria de que en caso de una eventual confrontación difícilmente iba a encontrar aliados en

sus vecinos limítrofes dio fuerza a la idea panarabista del Partido Ba'ath de unirse con Egipto en un mismo Estado, que fuera fuerte de puertas adentro, suprimiendo cualquier connato de levantamiento comunista, y en la arena internacional. La iniciativa por parte siria contaba con varios impedimentos como la falta de conexión territorial entre ambos Estados o los diferentes sistemas económicos de ambos países, y por ello el argumento que convenció a Nasser de que la unión era posible fue que a menos que se materializara, Siria entraría en una guerra civil interna que privaría a Egipto de su único aliado en Oriente Medio (Dawisha, 2009).

Así, en febrero de 1958, tras sendos plebiscitos en Siria y Egipto, se fraguó la Unión de Repúblicas Árabes (UAR), una iniciativa para formar un Estado con una cámara de representación egipcio-siria y bajo la presidencia de Nasser, lo que recabó numeroso apoyo entre los ciudadanos árabes de toda la región, quienes, según el experto Dr. Adeed Dawisha, “[los ciudadanos árabes] reaccionaron primero con sorpresa, para rápidamente pasar a un estado de euforia descontrolado” (Dawisha, 2009). La UAR marca un hito histórico global, ya que no solamente constituye un primer paso hacia hacer realidad la misión panarabista, si no que es uno de los primeros precedentes de dos Estados nacionales enteramente soberanos eligiendo de mutuo acuerdo unir sus fortunas.

No obstante, la UAR desde el primer momento mostró signos de ser una empresa mal planteada al contar Egipto con un peso sustancialmente mayor en todos los estratos de la gobernanza mutua (gobierno, ejército, empresas públicas, etc.), a pesar del apoyo mayoritario recibido de una esperanzada ciudadanía árabe. Entre las reformas implementadas que alienaron a los jerarcas de Damasco sobresalían: la imposición egipcia de un sistema político de partido único que afectaba por igual a los comunistas y a su aliado Ba'ath (Palmer, 1966); la relegación del ejército sirio a cuestiones puramente militares, evitando su injerencia en el devenir político del nuevo Estado y supeditando el Alto Mando sirio a generales egipcios (Podeh, 1999); y los esfuerzos por transformar la

economía siria en una más similar a la egipcia, lo que transformó enormemente el tejido principalmente comercial de Siria (Stephens, 1991).

Lo más relevante a la hora de abordar la creación de la UAR y su impacto en la historia es la cadena de eventos que agitaron gravemente a la región. La fortaleza mostrada por Nasser y la puesta en marcha de reformas económicas y centralizadoras, como el ímpetu nacionalizador ahora extendido a Siria y su reforma agrícola (Stephens, 1991), atemorizaron a los reinos colindantes, que veían como su propia ciudadanía exigía la incorporación a la UAR y la implementación de medidas similares, algo incompatible con las monarquías enemistadas con Nasser y aliadas de Gran Bretaña y EEUU.

Como ya se ha mencionado antes, el Estado árabe que lideró en un primer momento los esfuerzos contra Nasser fue el reino hachemita de Iraq, promoviendo alianzas supranacionales en Oriente Medio y con las potencias europeas que contuvieran el atractivo mensaje socialista de Nasser, como CENTO. El gobierno iraquí de Al-Said visualizaba la UAR como la principal amenaza a la estabilidad del reino, dada los beligerantes mensajes de Nasser contra Iraq y el apoyo político que numerosos partidos nacionales ofrecían al mandatario egipcio, pero también como una oportunidad para lograr hacer realidad su propia concepción de un Estado árabe unido bajo la monarquía hachemita y sus principios (Maddy-Weitzman, 2009).

Asimismo, la otra monarquía hachemita era Jordania, un reino mucho más vulnerable a las llamadas a la unión árabe de la UAR por su situación geográfica, su estrechísima alianza con Gran Bretaña, y su debilidad económica. A este compendio de razones por las que Amman temía la unión sirio-egipcia se le sumaba la intensa campaña de Nasser por desestabilizar el pequeño reino, apoyando veladamente a jordanos y palestinos desencantados con la monarquía a rebelarse contra el rey Hussein, quien hubo de hacer frente a varios golpes de estado fallidos contra su persona (Mufti, 1996).

Tras meses de negociaciones, intentando infructuosamente que Arabia Saudí se incorporara, los reyes primos de Iraq y Jordania, Faisal II y Hussein, respectivamente, formalizaron la unión de sus dos reinos bajo el reinado del primero, naciendo a la par que la UAR la Federación Árabe, en febrero de 1958. Este nuevo país soberano compartía una misma política integrada de defensa y asuntos exteriores, pero debido a las ingentes divergencias económicas entre ambos territorios, contando Iraq con muchos más fondos procedentes en su mayoría de la enajenación de petróleo, fue deseable evitar una integración mayor que hubiese echado más leña al fuego en la descontenta población iraquí, y en vez de esto se acordó un presupuesto común donde Iraq contribuía el 80 por ciento de los fondos (Mufti, 1996).

Sin embargo, a pesar del apoyo del bloque occidental al nuevo Estado, debido a que EEUU y Reino Unido estaban preocupados en salvaguardar los flujos de petróleo de Iraq, Kuwait y Arabia Saudí de la amenaza nacionalizadora que supondría que Nasser se hiciera con el poder en alguno de estos países, ningún otro Estado árabe hizo amago de unirse a la Federación Árabe (Vassiliev, 1998). Por un lado Kuwait era un protectorado británico y Reino Unido no accedió a perder su estatus hegemónico con respecto a este emirato, y Arabia Saudí, por razones históricas de enfrentamientos entre las familias reales de Saud y los Hachemitas, no veía con buenos ojos el nuevo Estado (Vassiliev, 1998).

Finalmente, las enormes tensiones políticas y sociales internas en Iraq dinamitarían el proyecto confederado en el plazo de sólo 6 meses, jugando un papel crucial el ejercito y el Partido Ba'ath iraquí. La fuerte implantación que el Partido Ba'ath registraba en el reino mesopotámico se debía en parte a los esfuerzos prestados por su hermano mayor sirio y por Nasser con el fin de debilitar a la vigente monarquía en el poder, algo que lograrían finalmente con el sangriento golpe de Estado de julio de 1958 (Eppel, 1998). Dicho evento compartía las mismas causas que el golpe contra Farouk en 1952: una alianza estratégica de sus gobernantes con Reino Unido que era abiertamente criticada por la ciudadanía cuando por ejemplo Iraq tuvo que apoyar a este país en el conflicto de Suez contra un país

árabe (Hunt, 2005), y una clase política de amplio espectro y militares deseosos de que Iraq se convirtiese en líder regional independiente.

El temprano fin de la Federación Árabe supuso un revulsivo extraordinario para Oriente Medio. Primero, de la noche a la mañana Iraq, dirigida dictatorialmente por el general Qasim, se alineó con la UAR para ganar aceptación entre los iraquíes, aunque por temor a convertirse en un líder títere de Nasser se negó en rotundo a unir sus fortunas con la UAR. Asimismo, temiendo la obvia conexión que el Partido Ba'ath tenía con la UAR y su hermanado partido sirio, Qasim alejó a este de los puestos de poder, aunque el golpe de estado triunfara en gran medida gracias al apoyo político a la deposición de Faisal II y Nuri Al-Said (Aburish, 2004).

En segundo lugar, el rey Hussein de Jordania velozmente trató de mejorar sus maltrechas relaciones con la UAR para tratar de conservar su trono (Mufti, 2006), contactos que tuvieron sus frutos, como se observó en la activa participación jordana en la Guerra de 1967 del lado egipcio. Finalmente, la descompensación regional con la alineación iraquí con las repúblicas panarabistas desencadenó la toma del testigo en contra de Nasser por parte de Arabia Saudí, acuciada por numerosos problemas internos de índole similar a los que amenazaban al rey Hussein de Jordania y temerosa del atractivo mensaje panarabista y sus efectos desestabilizadores para las monarquías del Gran Oriente Medio (Gold, 2003).

Aunque pareciese que la UAR iba a persistir habida cuenta de su popularidad y la debilidad de los agentes externos regionales contrarios a su proyecto socialista panarabista, en verdad en su seno albergaba tensiones de tal calibre que forzaron la ruptura de la pionera unión 3 años y medio después de su constitución, el 28 de septiembre de 1961. Parece paradójico que fuera un golpe de estado llevado a cabo por coroneles sirios, algunos de los cuales impulsaron en su día la unión con Egipto, lo que acabara con el Estado piloto (Dawisha, 2009). La justificación más extendida para que se dieran las condiciones de la ruptura apunta al cansancio de la ciudadanía siria al no

sentirse identificada con el nuevo Estado, que bajo el prisma de la visión de los sirios primaba los intereses egipcios, y a un resurgir de un nacionalismo sirio inaudito desde los años inmediatamente posteriores a su independencia, que veía diferencias entre las poblaciones árabes de Siria y de Egipto (Elie, 2009).

II. Inestabilidad interna y fortalecimiento de Arabia Saudí: Yemen y el zenit de las tensiones entre bloques en Oriente Medio

Coincidiendo con el lustro dorado del gobierno de Nasser (1957-1962) convivía el momento de mayor tensión interna desde la creación de un reino unificado en la Península Arábiga. Desde 1953 los designios de Arabia Saudí estaban regidos por el Rey Saud, el cual compartía rasgos parecidos a los del depuesto rey Farouk de Egipto, solo que en un contexto mucho más crucial para la historia de su país, con vecinos regionales ansiosos por tomar parte en las riquezas petrolíferas del “Reino del Desierto”. Precisamente los ingresos derivados del petróleo y el enorme gasto público que bajo su reinado se llevo a cabo para, por ejemplo, habilitar Riad como capital del reino con los edificios que este desempeño requerían, suscito resquemor entre sus súbditos y su familia (Robert, 1981).

Aun en los últimos años de la década de los 50 Arabia Saudí se regia por una política exterior bastante equidistante, en línea con los postulados no-alineados. Aunque la familia real saudí aborrecía el comunismo por la amenaza que este constituía para su poder, Saud en concreto era partidario de mantener sobre todo lazos económicos con Occidente, pero no así dejar que estos influenciaran en el devenir de los pueblos árabes. Así se explica porque Saud, aun viendo a Nasser como un potencial riesgo por el golpe de estado que ocurrió en Egipto en 1952, se decidió a apoyarle en el conflicto de Suez, cortando las relaciones diplomáticas tanto con Francia como con el Reino Unido, sin poner en riesgo su posición como aliado clave regional de EEUU (Foreign Relations of the US, 1956).

La ambivalente política exterior de Saud y su errático ímpetu por gastar grandes sumas de dinero hicieron que su popularidad decayeran entre los americanos y la elite religiosa y social de Arabia Saudí, que veían en la figura de su hermano, el Príncipe Faisal, alguien mucho más proclive a liderar al mundo árabe desde una visión islámica, en contraposición con el panarabismo, y a modernizar el país sin los gastos fatuos del actual rey (Alrasheed, 2003) (Quandt, 1981). Sin embargo, también aquí las maquinaciones de Nasser fue lo que en ultima instancia provocaron la renuncia forzada de Saud al trono en 1964.

Los cantos de sirena nasseristas para impulsar reformas sociales y políticas en el mundo árabe tuvieron una gran y encubierta acogida en Arabia Saudí, especialmente entre la minoritaria clase media y segmentos secundarios de la familia real saudí. Un grupo de nobles saudíes defensores de cambios que instauraran una monarquía constitucional fueron el Príncipe Talal y sus hermanos, los cuales se conocían popularmente como el Movimiento de los Príncipes Libres en clara alusión al Movimiento de Oficiales Libres de Egipto (Gold, 2003) (Taheri, 2012). Su actividad comenzó pronto, dado que en 1958 ya habían redactado y difundido una constitución que proponía limitar profundamente los poderes casi ilimitados del rey en favor de un consejo nacional de notables (Khan, 2005). Estos postulados fueron interpretados por la casa de Saud como el primer caballo de Troya para erosionar su poder, y en un primer momento la respuesta fue el exilio forzoso de Talal y la condena real a estos planteamientos reformistas, calificándolos de defensores del ideario comunista (Menoret, 2005).

Sin embargo, a medida que el enfrentamiento entre el Rey Saud y su hermano, el Primer Ministro Faisal, se recrudecía, el primero no tuvo más remedio que apoyarse en la facción de su familia próxima a Talal, nombrándole Ministro de Finanzas (Menoret, 2005). Desde la óptica actual esto es considerado un error táctico por parte de Saud, ya que sirvió para aglutinar en su contra a la elite religiosa, militar y política del país; toda ella con vínculos en la Familia Real, a cambio del apoyo insuficiente de las clases medias de estos

estamentos (Nehme, 1994) (Wynbrandt, 2004). Asimismo, EEUU, temeroso de las implicaciones que un Arabia Saudí reformado tendría para los flujos de petróleo, se inclinó favorablemente del lado de Faisal, brindándole apoyo táctico para asegurar una transición pacífica de la corona, que se produjo en 1964, acabando con el antiguo rey Saud exiliado en busca de aliados internacionales para obtener de nuevo la corona, apoyo que recibió por parte de Nasser, quien autorizaba que por ejemplo Saud se comunicara con el mundo árabe y sus antiguos súbditos a través de la radio egipcia (Kechichian, 2001).

La continuada intromisión egipcia en los asuntos internos de Arabia Saudí durante todos los años 60 inflamaron las tensiones entre los dos bloques que buscaban la supremacía en el mundo árabe, aunque ahora dicho enfrentamiento estaría encabezado no solo por Nasser sino también por el rey Faisal de Arabia Saudí. La figura de este Jefe de Estado serviría para revitalizar al bando monárquico y darle nuevos bríos, dado que desde el Golpe de Estado de Iraq en 1958 los partidarios de los regímenes tradicionalistas carecían de un liderazgo claro o carismático. Faisal llevó a cabo numerosas reformas económicas y sociales en el ámbito doméstico ya desde que tomara las riendas efectivas del país como Primer Ministro. Buena parte de ellas consiguieron paliar el descontento popular que habían suscitado las acciones del rey Saud, alejando después de 5 años de amenaza, los temores de una insurrección interna, gracias a la implementación de reformas como la introducción del Estado del Bienestar para los nacionales saudíes o la abolición oficial de la esclavitud en 1962 (Bruce, 2011).

Asimismo, Faisal mostro unas asombrosas dotes de pragmatismo en política exterior, en contraposición a su predecesor. Vio tempranamente que la única manera de poner coto al mensaje populista procedente de Egipto era mediante la inversión de fuertes sumas de dinero en los países árabes con el fin de consolidar unas estrechas relaciones bilaterales, y encabezar, con la legitimidad que le confería a Arabia Saudí el custodiar los dos lugares más sagrados del Islam, los movimientos conservadores y monárquicos que seguían teniendo un gran arraigo a lo largo y ancho de Oriente Medio. Esta profundización en lo

que venían siendo las líneas maestras de la acción exterior saudí (anti-semitismo y anti-comunismo, defensa de una interpretación literal del Islam, desconfianza de Occidente pero dependencia militar de EEUU, etc.) se debían a la practicidad y devoción religiosa mostradas por Faisal a lo largo de su reinado, que podría considerarse crucial para poner los cimientos de la actual potencia regional que es Arabia Saudí (Unexpectedly Modern, 2013).

Si bien, lo que de verdad marca una diferencia en el reinado de Faisal es su apuesta por el panislamismo. Al contrario que el panarabismo, el panislamismo va más allá de buscar una unión nacionalista de un pueblo de similares características, como son los árabes, y defiende que el nexo de unión en Oriente Medio debe de ser la religión del Islam, la cual debería de tener poderes legislativos, a través de la Sharia, y ejecutivos para unificar a diversos pueblos que profesen esta fe. Faisal creía en las virtudes de este movimiento para huir de los desacuerdos y enemistades que en su opinión generaban los nacionalismos, y a fin de recabar el mayor apoyo posible entre el resto de Estados, y especialmente monarquías en la región, se volcó en promover la Liga Mundial Islámica (Muslim World League, n.d). Entre los cometidos de esta organización se encuentran los de dictar una doctrina religiosa única para sus miembros, función que solía desempeñar la institución del Califato hasta 1924, año de la disolución del último califato por parte de Mustafa Kemal en Turquía.

Fue bajo su reinado de fortalecimiento interno donde la lucha ideológica entre el bando nasserista y el de las monarquías conservadoras alcanzó su máxima extensión, adoptando el formato de guerras de proximidad que tanto caracterizaban a la confrontación de bloques de la Guerra Fría. Mientras que Egipto proseguía alentando revueltas militares y civiles, Arabia Saudí proveía de fondos y contactos a monarquías con menos recursos para que hicieran frente a sus situaciones internas. Sin embargo, el tenso equilibrio alcanzado tras los sucesos de Iraq se haría pedazos a partir del Golpe de Estado yemení de 1962.

Yemen constituía un caso único en Oriente Medio. Por un lado había formado parte de la UAR de Nasser como un Estado federado asociado, aunque al contrario que Siria, Yemen se mantuvo mucho más desligado a raíz de su precaria situación económica y que no dejaba de ser una monarquía cuasi-absoluta (Cotran, 1959). Por el otro, con la desintegración de la UAR y los paralelismos políticos entre Saná y Riad, Yemen mantuvo lazos estrechos, y de dependencia económica, con Arabia Saudí. Nasser, que había perdido prestigio por el proyecto fallido de la UAR, necesitaba un golpe de efecto que demostrara a la región que su determinación seguía intacta, y Yemen se presentaba como una oportunidad única para humillar a Riad después de que este hubiese torpedeado como pudo la UAR, y para seguir reivindicándose como el líder árabe anti-imperialista, buscando expulsar a los británicos de sus enclaves en Adén y Socotra (Aboul-Enein, 2004).

Así, Nasser, aprovechando el escaso apoyo popular del recién elegido rey, Iman al-Badr, proveyó de armas, tropas regulares egipcias y apoyo táctico a los militares de este país, las cuales derrocaron con facilidad al nuevo rey, que huyó a Arabia Saudí. La presencia de millares de militares egipcios en la frontera sur de Arabia Saudí disparó la preocupación saudí e internacional ante una eventual invasión egipcia de Arabia Saudí, causando movilizaciones de tropas en Jordania, Arabia Saudí, y las posesiones británicas. Los eventos subsecuentes consistieron en una guerra civil interna entre facciones republicanas pro-nasseristas y numerosas tribus realistas, con los apoyos internacionales de Egipto, sus aliados y el bloque soviético para los primeros, y Arabia Saudí y sus socios monárquicos y occidentales para los segundos (Sandler, 2002).

Sin entrar en detalles de las batallas que se libraron, Yemen es conocido popularmente como “el Vietnam de Egipto” (Ferris, 2015). Durante los cinco años de la contienda (1962-1967), 70.000 tropas egipcias lucharon inútilmente en un país donde la guerra de guerrillas era, sin ningún género de dudas, la única manera de imponerse en este conflicto, y perdieron la vida más de 10.000 jóvenes egipcios luchando al otro lado del Mar Rojo. Además, el coste económico para Egipto fue astronómico por los costes de

mantener el puente aéreo y las tropas sobre el terreno y por la pérdida de subvenciones estadounidenses, dejando a su economía al borde del colapso (TIME, 1967). Mientras, paralelamente, Faisal se había negado a enviar tropas saudíes a librar la guerra en su vecino yemení y había optado solamente por apoyar financiera e internacionalmente a los realistas; lo que unido a su exitosa implementación de reformas en educación; modernización de Arabia Saudí con avances como la introducción de la televisión; y consolidación en la extracción de crecientes cantidades de petróleo, colocó a Arabia Saudí en una posición envidiable y de fuerza en Oriente Medio (Saudí Arabia, n.d).

Si bien en 1965 se produjeron los momentos de mayor tensión bilateral entre saudíes y egipcios, a raíz de que estos últimos bombardearan poblaciones saudíes fronterizas con Yemen, y que ambos países congelaran o expropiaran los activos del otro en sus respectivos territorios, la verdad es que la insostenible posición egipcia en Yemen y la cada vez más respetada figura de Faisal internamente y en todo Oriente Medio provocaron que ambos países se advinieran a negociar (Saudí Arabia, n.d). Las negociaciones se desarrollaron en paralelo al conflicto desde 1965 hasta 1967, con el subsecuente drenaje de fondos egipcios que esto supuso. Sin embargo, Nasser era incapaz de abandonar Yemen unilateralmente, por una cuestión meramente de prestigio, algo que era bien sabido por Faisal y otros aliados saudíes que habían salido del conflicto, siendo el más singular la dúplice alianza conformada por las casas de Saud y Pahlavi para frenar al apostata Nasser (Ferris, 2015).

Tomando en cuenta los anteriores parámetros, hubieron de concurrir dos circunstancias para que brotara la paz entre ambos Estados en 1967: la catastrófica derrota egipcia en la Guerra de los Seis Días y la promesa de fondos saudíes a Egipto a cambio de que este se plegara de la guerra yemení. El acuerdo del que hablaremos en el siguiente capítulo, fue alcanzado en Jartum durante la famosa cumbre de la Liga Árabe que pronunció los tres Noes contra Israel, y su conclusión tuvo una enorme repercusión regional, al terminarse cualquier tipo de intromisión saudí o egipcia en Yemen, que seguiría siendo una república

hasta nuestros días gracias en buena medida al apoyo soviético, y al constatar que el bloque liderado por Arabia Saudí y Faisal estaba por primera vez en una posición mucho mejor que la del derrotado y en bancarrota bloque panarabista (Ferris, 2015).

III. Declive del Panarabismo a partir de la Guerra de 1967

Aunque hasta el momento solo se han analizado las causas del distanciamiento de los distintos bloques árabes, siempre existió un elefante en la habitación que conseguía lograr que los árabes nacionalistas y los más tradicionalistas dejaran de lado sus diferencias: la perenne existencia del Estado de Israel. Enarbolar la causa anti-sionista en Oriente Medio era uno de los grandes elementos de enfrentamiento de los distintos líderes de las facciones enfrentadas, utilizándose como arma arrojada cuando uno o más países mostraban cualquier atisbo de distensión con Israel. El extremo más conocido es la aireada respuesta al primer pacto entre un país árabe e Israel, el celeberrimo pacto entre Sadat de Egipto y Begin de Israel en 1979, que supuso el aislamiento de Egipto dentro de toda la comunidad árabe y el propio alineamiento de la población egipcia con Sadat, que sería asesinado pocos años después (Kramer, 2014).

Israel por tanto tenía el potencial de crear acercamientos entre enemigos acérrimos, y podría decirse que supuso el nexo en común, junto al deseo de no abrir un enorme frente en Oriente Medio por parte de EEUU y los soviéticos, que puso freno a una escalada de conflicto que atañera a varios países árabes los unos contra los otros. Mientras que para los panarabistas Israel suponía, al mismo tiempo, una amenaza estratégica para su defensa nacional, un obstáculo territorial para cualquier unión árabe efectiva y un resquicio occidental a las puertas de dos de los grandes países nacionalistas como eran Egipto y Siria; para Arabia Saudí, Jordania y el resto de monarquías, salvo Irán por su proximidad a EEUU, Israel suponía una afrenta a los valores islámicos que propugnaban y un desafío a la integridad territorial de Jordania, que se había erigido en protector de los palestinos y en salvaguarda de sus territorios.

Haciendo honor al proverbio que dice que “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”, Egipto y Siria solían contar con el apoyo de Arabia Saudí y Jordania en su rechazo conjunto a Israel. En 1967, siendo Nasser consciente de esta realidad y habiendo pasado más de una década desde el propio enfrentamiento de su país e Israel, vio que redirigir los esfuerzos egipcios en demostrar una abierta hostilidad con el Estado judío podía servirle para sacar a su país del embrollo que era Yemen sin perder la credibilidad que suponía hacerlo unilateralmente. Los generales egipcios creían, a pesar del desastre yemení, que la superioridad numérica egipcia y la probabilidad de no estar solos en un conflicto abierto con Israel podía darles la ventaja necesaria para derrotar a Tel Aviv, aunque Nasser no tenía del todo claro que el Ejército egipcio pudiera hacer frente en igualdad de condiciones al entrenado ejército sionista (Brooks, 2008). A pesar de su cautela, Nasser dio luz verde al aumento de las tensiones con su vecino, mediante movilizaciones de tropas y amenazas como la de cerrar los Estrechos de Tiran a embarcaciones israelíes, como ya ocurriera en 1956.

Ante la alarma de estas acciones, Israel reaccionó de una manera eficaz, rápida e inesperada, con un ataque aéreo preventivo masivo contra la aviación egipcia, la cual fue aniquilada sin ni siquiera presentar batalla en los cielos. La pérdida de su aviación dejó a Egipto más vulnerable que nunca, y cuando horas más tarde tropas israelíes se movilaron para ocupar Gaza y el Sinaí, Nasser no tuvo más remedio que ordenar la retirada estratégica de sus tropas. La acción conjunta sirio-jordana en otros frentes también fue ineficaz, e Israel ocupó sin grandes dificultades la Cuenca Occidental del río Jordán y los Altos del Golán. La humillación al mundo árabe se consumó en 6 días con un ratio de bajas 20 a 1 en favor de Israel por un total de 20.000 muertes árabes, acabando definitivamente con el halo de invencibilidad que recubría a Nasser, quien a pesar de dimitir en su anuncio de la derrota a su pueblo prosiguió en el cargo debido a las enormes muestras de apoyo popular en las calles pidiendo que se mantuviera en el poder. Por otro lado, Arabia Saudí expresó su mayor condena por las acciones israelíes, aunque en el

fondo había salido ganando, puesto que sin participar directamente en el conflicto se había erigido como único país árabe con ejército y fondos para liderar la región, ante la hecatombe de Egipto (Ferris, 2015).

Como se adelantó en el anterior capítulo, la cumbre de la Liga Árabe en Jartum de 1967 sirvió para constatar la descompensación de poder entre los panarabistas y los panislamistas, en favor ahora mismo de estos últimos. Nasser y Faisal acordaron poner fin a la sangría de Yemen y hacer frente común con el resto de países árabes para frenar a Israel, y Faisal se advino a crear, para en parte lavar su imagen por no haber hecho nada en este conflicto, un fondo común con otros grandes contribuyentes árabes, como Kuwait, para ayudar a reconstruir los ejércitos de los países contendientes en la Guerra de los Seis Días (Arab League Summit, 1967). Esta cumbre marcaría un antes y un después en la historia de la región, ya que Egipto por primera vez se retraería de las cuestiones regionales para intentar poner solución a su compleja situación interna. Nasser perdió protagonismo en la esfera internacional, dando paso a Arabia Saudí como el nuevo país dirigente de la Liga Árabe y cediendo el testigo de la lucha palestina a la OLP de Yasser Arafat, el cual había vivido largas temporadas como estudiante en El Cairo y simpatizaba abiertamente con Egipto y Nasser (Aburish, 1998).

7. Término de la Guerra Fría Árabe y Paralelismos con el Oriente Medio Actual

El ocaso de Egipto tras este conflicto marco en buena medida el fin del cisma árabe, al quedar el panarabismo desamparado y sin recursos, en tanto en cuanto rebrotaba por todo Oriente Medio el Islamismo apoyado por Arabia Saudí. El último connato panarabista se produjo poco tiempo antes de la muerte repentina en 1970 de Nasser, y tuvo lugar en 1969 en Libia, donde un joven general, Muammar Gaddafi, derrocaría junto a una cúpula militar pro-nasserista al rey Idris I de Libia. Gaddafi compartía con Nasser una visión conjunta y un mismo ideario panarabista, considerándole su mentor y amigo personal, y esta afinidad entre los líderes desembocó en el intento de conformar una nueva UAR,

llamada la Federación de Repúblicas Árabes, con Libia, Siria y Egipto (Vandewalle, 2008). Este plan inquietaba especialmente a Arabia Saudí, dado que Libia, por su riqueza petrolífera, tamaño y escasa población, destacaba por su parecido con el reino saudí, el cual ya había visto con gran inquietud como Idris, un monarca aliado y con amplias similitudes a los nobles saudíes había sido depuesto con una facilidad pasmosa (Vandewalle, 2011).

Sin embargo, la muerte de Nasser y el ascenso al poder del hasta ese momento vicepresidente Sadat, hizo descarrilar el proyecto federal. Sadat busco romper los lazos de su predecesor con la URSS y relanzar las relaciones con EEUU y Arabia Saudí, las cuales ofrecían mayores contrapartidas económicas para un Egipto que buscaba resarcirse de su cruenta derrota en 1967. Tres situaciones convergieron en los años 70 que explican porque la Guerra Fría Árabe no se prolongo más en el tiempo, al contrario que la Guerra Fría mundial, que se puede considerar que duró hasta la disolución de la URSS.

En primer lugar, la guerra de desgaste promulgada por Egipto hacia Israel al término de la Guerra de los Seis Días cristalizó en la Guerra de 1973, año cumbre para los países árabes. El buen desempeño inicial de la coalición de países árabes, que incluía por primera vez fuerzas expedicionarias de países como Arabia Saudí o Libia, bastó para granjear un sentimiento de revancha a países que habían sido humillados en anteriores guerras. Asimismo, el boicot petrolífero a los aliados de Israel dictado por la Liga Árabe e impulsado sobre todo por Faisal, quien gracias al boicot y a la guerra se convirtió en un líder respetado incluso entre los panarabistas, tuvieron un efecto demoledor en Occidente y llenaron las arcas de Arabia Saudí y el resto de potencias petrolíferas, allanando el camino para la enorme acumulación de reservas pecuniarias durante las décadas venideras (Heykal, 1977). También, el sentimiento de unión creado por la participación conjunta en la guerra sirvieron para acercar posturas entre los países árabes, con indiferencia de su conflictivo pasado y antagonistas formas de gobierno, y para evitar conflictos entre ellos, lo realidad que se impuso hasta que Iraq en los años 90 invadió

Kuwait, dado que la guerra entre Iraq e Irán de los años 80 no se considera una guerra entre árabes, si no solamente entre musulmanes.

En segundo lugar, el radio de acción que llegaría a tener el nuevo sentimiento islámico en Oriente Medio fue mucho más amplio de lo que su situación en los años 60 dejaba entrever. Los postulados wahabitas provenientes y financiados por Arabia Saudí no encontraron una gran acogida en la región, pero si que instigaron a otros líderes que carecían del carisma que tuvo Nasser a coquetear con una re-islamización de sus países como elemento cohesionador de sus gobiernos y sus identidades nacionales. Este fue el caso del Egipto de Sadat, descabalgado de su tradicional rol como promotor del panarabismo, que vio en el fomento del Islam en El Cairo una manera de que Egipto volviera a estar reunido en torno a un proyecto común, además de que le permitiría, durante los años 70, esgrimir ante sus nuevos aliados saudíes que sus nuevos vínculos de amistad eran sinceros, con el consecuente aumento de los fondos destinados a Egipto (Mens, 2013).

También, las implicaciones del islamismo serían fundamentales para entender todo el transcurso regional de los años 70, ya que lo que para algunos regímenes representaba un instrumento de política exterior y una forma de establecer una identidad nacional fuerte, para muchos otros suponía un agente disruptivo a la autoridad estatal, y por tanto un enemigo a batir. Los casos más sonados se hallan, por un lado, en los otrora países panarabistas (Egipto, Siria, la OLP e Iraq), que se opusieron frontalmente a que en sus respectivos territorios surgiera una identidad islámica, representada en los tres primeros casos por los famosos Hermanos Musulmanes, que amenazara con erosionar el poder alcanzado por líderes como Saddam Hussein o Arafat; y por el otro en Irán, cuya monarquía autoritaria se alejaba de todos los preceptos islámicos a ojos de los puristas de esta religión, lo que finalmente supuso su caída. El caso iraní es singular pues supuso que por primera vez un reino alineado con el reconvertido Egipto de Sadat, su gran aliado regional, y el resto de las monarquías conservadoras no fuera derrocado por militares

nasseristas y nacionalistas, si no por defensores de una interpretación literal del Islam, lo que da una idea de la importancia acaparada por el Islamismo en detrimento del nacionalismo árabe que impero durante casi dos décadas.

Finalmente, en tercer lugar la Guerra Fría Árabe concluyó por el propio colapso del panarabismo, tocado de muerte con el fallecimiento de Nasser. Los países que se autoproclamaron herederos del espíritu nasseriano por aunar a los pueblos árabes carecían de una visión y un carisma que pudieran en verdad hacer factible este proyecto, y en su lugar, los líderes de estos países se reafirmaron en sus intentos por establecer Estados nacionales con marcadas diferencias entre ellos. Esto ocurrió en Siria e Iraq con Al-Assad y Saddam Hussein, líderes autoritarios con estrechísimos lazos con el Partido panarabista Ba'ath que mantuvieron en todo momento la retórica nasserista pero que en la práctica construyeron Estados basados en el culto a su personalidad y el engrandecimiento de sus naciones, utilizando en todo momento al extendido islamismo nacional y regional como el enemigo del Estado en contra del cual debían de fortalecerse las estructuras de poder (Mens, 2013). El caso libio es quizás el más paradigmático y daría para una tesis en sí mismo, ya que Gaddafi, aun a sabiendas de que Libia, por su lejanía del núcleo árabe y escasa población, era incapaz de construir un proyecto panarabista factible en torno a su país y su riqueza petrolífera, trató en todo momento de armar el proyecto soñado por Nasser, y cuando en los años 90 desistió de proseguir, Gaddafi viró toda su política exterior a conseguir llevar a cabo su sueño panafricano (Adebajo, 2011).

Transcurridos ahora casi medio siglo desde que se diera por concluidas las tensiones de la Guerra Fría Árabe, lo sorprendente es que la evolución y el desarrollo demográfico no se han visto acompañados por un verdadero cambio político en la región, la cual sigue anclada en dinámicas de enfrentamiento entre Estados y conflictos internos por los mismos motivos que antaño. Desde el destronamiento del Sah de Persia ningún otro monarca ha sido derrocado en Oriente Medio, principalmente por el control autocrático que los distintos reyes, emires y sultanes árabes ostentan sobre sus territorios, con

mínimas dosis de aperturismo en el tema de los derechos ciudadanos. Sin embargo, queda reflejado que la monarquía, aun siendo un sistema altamente resistente en la Península Arábiga y Marruecos, no suscita un gran apoyo popular en esta región del mundo, como demuestra el hecho de que ningún monarca depuesto ha sido capaz de recuperar su trono, ni siquiera en aquellos casos donde contaba con un intenso apoyo internacional, como fue la situación de Yemen en los años 60.

Parece que el siglo XXI trae consigo una inversión en la tendencia que imperaba en Oriente Medio siglo atrás. Con mayor o menor éxito, en las dos últimas décadas numerosos dirigentes han visto desafiado su poder, pero un aspecto que compartían en común es que eran aquellos líderes, generalmente militares, que habían alcanzado el poder prometiendo un cambio en el *status quo* de sus países y un desarrollo sin parangón si eran ellos quienes regían el destino del mismo. El listado de nombres podría empezar por Saddam Hussein, una figura que durante casi 30 años hasta su derrocamiento y ejecución en 2006 consiguió, a través de una belicosidad con todos sus vecinos sin rival, que Iraq boxeara en la arena internacional muy por encima de lo que le correspondería, como ya pasaba en los años 50.

Sin embargo, la aceleración en esta tendencia vino auspiciada por la archí-conocida Primavera Árabe, manifestaciones populares que se extendieron por el mundo árabe al abrigo del clamor ciudadano contra unos gobiernos corruptos e incapaces de proveer a sus ciudadanos de un futuro mejor. Como si de una tormenta perfecta se tratase, el mundo árabe musulmán ha tenido que enfrentarse en los últimos años a: una explosión demográfica y altas tasas de desempleo; el aumento del precio de los alimentos básicos, producto de la especulación financiera y el cambio climático; una elevada deficiencia hídrica y una estrepitosa degradación del suelo; una distribución desigual de los recursos agrícolas y de la riqueza energética; y una empobrecida y subdesarrollada economía de renta catalogada como “capitalismo de familias árabe” (Fuensanta, 2015).

Todas estas circunstancias prendieron la llama en 2010 de estas revueltas árabes, las cuales han socavado como nunca antes los cimientos de los regímenes árabes, siendo los causantes directos o indirectos de los derrocamientos de Ben Ali, Gaddafi y Mubarak, y de las gravísimas guerras civiles que tienen lugar en la actualidad en Siria y Yemen. La conexión de todos estos eventos con el carácter cíclico de la Historia es evidente, dado que un gobierno que sea incapaz de dar respuesta a las ansias de mejora de su pueblo esta abocado a desaparecer o a guarnecerse con instrumentos opresivos para mantenerse en el poder, y ambos escenarios están, y han estado por más de un siglo, abundantemente representados en estos lares.

Pero las repercusiones de la Guerra Fría Árabe abarcan muchos más aspectos de la situación geoestratégica actual. El conflicto por el liderazgo regional no se quedó solventado tras la aparente victoria de Arabia Saudí contra Nasser, y sus ramificaciones se ven hoy en día con las relaciones de inmensa tensión entre Teherán y Riad. Encuadrado dentro de esta rivalidad extrema hay un sinfín de conflictos sin resolver, los cuales, a falta de un enfrentamiento directo con pocos visos de que se vaya a producir, han tomado la misma forma que empleaban en los años 60, a través de *proxy wars* y alianzas excluyentes entre países que debieran ser hermanos.

No obstante, las motivaciones de estos conflictos de proximidad han mutado de forma, aunque en el fondo siga debiéndose todo al pulso que se está produciendo entre bambalinas. Así se explica la retórica religiosa que justifica la enemistad chií y sunna en más de media docena de países, especialmente de Oriente Próximo, o el fraternal odio tribal que ha enquistado las guerras internas de Siria y Yemen con el apoyo a una u otra tribu por parte de las distintas facciones lideradas por Irán y Arabia Saudí, con la sempiterna presencia de grupos armados internacionales como Al-Qaeda y Hezbolá que son apoyados secretamente por ambos contendientes.

8. Conclusiones

A veces resulta difícil vislumbrar y entender la volatilidad que la política exterior de los países suele presentar durante el transcurso de la Historia hasta nuestro presente. Para muchos europeos esto se circunscribe a su terreno patrio, con ejemplos populares como la amistad franco-germana forjada tras la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, es en Oriente Medio donde esta paradoja se puede apreciar más nítidamente, y donde, sin conocer los eventos estudiados en este trabajo acaecidos ahora hace 50 años, es prácticamente imposible dilucidar las dinámicas de poder actuales.

Un ejemplo claro de este argumento lo hayamos en el caso egipcio. Este país ostentó durante 15 años un liderazgo claro en el mundo árabe, personificado en la figura de Nasser y en el abanderamiento de una política regional pro-unificadora. Sin embargo, tan pronto Egipto encadenó una serie de reveses militares y diplomáticos, empezando por la Guerra Civil yemení hasta la desastrosa Guerra de los Seis Días, su marcado perfil de liderazgo quedó difuminado en favor de otros países de su entorno, como Arabia Saudí. Y precisamente esa pérdida de prestigio y desplazamiento a un segundo lugar fue lo que obligó a Egipto a realinearse dentro del tablero regional, primero estrechando los lazos con Arabia Saudí, rápidamente después con Israel, y recientemente de nuevo con Arabia Saudí. Si un especialista enfoca todo su objeto de estudio a analizar la estrechísima relación actual entre Al-Sisi de Egipto y el rey Salman de Arabia Saudí, y obvia que, por ejemplo, Egipto lleva cuarenta años recibiendo fondos subsidiarios de Arabia Saudí, y EEUU, para mantener la estabilidad económica y social interna, su análisis quedará incompleto. En este caso, dicho experto probablemente se limitará a expresar que el liderazgo saudí del mundo árabe, contrapuesto al antagónico liderazgo iraní de la facción opuesta, se debe única y exclusivamente a los recursos provenientes del petróleo, cuando en realidad hay toda una serie de factores históricos, como la nefasta política económica egipcia del final de la época Nasserista o las catastróficas consecuencias que ha tenido para la economía iraní sus tres grandes guerras desde los años 80 (la iraní, la del Golfo, y

la de 2003), que explican porque Arabia Saudí no tiene rival militar o económico en el mundo suní.

Este trabajo trata de tocar todos los aspectos que un conflicto como la Guerra Fría Árabe posee en sus múltiples dimensiones, soslayando el proceso de conformación de los distintos bloques regionales enfrentados, principalmente los panarabistas y los panislamistas, y la manera en que se canalizaron las hostilidades, que presentaban un aspecto en común con la Guerra Fría mundial en tanto en cuanto las *proxy wars* sirvieron de válvula de escape para dirimir las fortalezas y debilidades de cada facción sin recurrir a un devastador enfrentamiento directo. Asimismo, el análisis de la Guerra Fría Árabe explica la frenética actividad insurgente que tuvo lugar en el Oriente Medio del tercer cuarto del siglo XX, la cual, al contrario que en África o Asia, donde esta se producía o bien a consecuencia del incipiente proceso de descolonización o bien a raíz precisamente de una *proxy war* entre el bloque capitalista y el bloque comunista, iba dirigida a derrocar regímenes conservadores que *de facto* eran independientes y tenían todos los derechos de un Estado independiente, salvo Argelia, pero que en realidad operaban a instancias de los intereses de terceros países o estaban regidos por una oligarquía excluyente y autoritaria.

Es por todo esto que Oriente Medio constituía un microcosmos donde la injerencia de Occidente y la URSS, aunque palpable y de gran importancia, no tuvo la misma repercusión que en Europa, África o Asia, y esto se aprecia especialmente bien una vez que Francia y Reino Unido no tienen más remedio que cesar su intervención en Egipto a raíz de la Crisis del Canal de Suez de 1956. Así, este trabajo tiene como objetivo principal explicar que elementos, a parte de la indudable importancia estratégica de Oriente Medio a caballo de tres continentes, son los que hacen que la Guerra Fría Árabe sea un caso único paralelo y conectado al transcurso histórico del resto del mundo.

Las conclusiones que subrayan la excepcionalidad de esta región son: en primer lugar el mero hecho de que existieran dos alianzas rivales regionales capaces de enfrentarse entre si con independencia de los intereses nacionales de los dos bloques hegemónicos; en segundo lugar el papel singular y dicotómico que jugaba Israel con respecto a estas dos alianzas, dado que por un lado constituía un tema que aunaba a las facciones árabes en su odio hacia el gobierno sionista y por el otro servía de instrumento a cada uno de los lados para señalar la aquiescencia del otro con respecto a la existencia del Estado de Israel; y en tercer y ultimo lugar el poder que llegaron a acumular cada una de las facciones por si mismas, los panarabistas a través del liderazgo efectivo de Nasser en la región y en el mundo a través del Movimiento de Países No Alineados, y las monarquías conservadoras panislamistas gracias al aprovechamiento que estas realizaban de sus ingentes fondos provenientes del petróleo.

9. Bibliografía:

- ❖ Aboul-Enein, Youssef (2004). *"The Egyptian–Yemen War: Egyptian Perspectives on Guerrilla Warfare"*. Infantry Magazine
- ❖ Aburish, Said K. (1998). *From Defender to Dictator*. New York: Bloomsbury Publishing. págs 7–32.
- ❖ Aburish, Said K. (2004), *Nasser, the Last Arab*. New York: St. Martin's Press, págs 27-28, 169-172
- ❖ Adebajo, A. (2011). *Gaddafi: the man who would be king of África*. The Guardian. <https://www.theguardian.com/commentisfree/2011/aug/26/gaddafi-legacy-meddling-africa>
- ❖ Alrasheed, M. (2002) *A History of Saudi Arabia*. Cambridge University Press, págs 108–9
- ❖ AlJazeera. (20 de junio de 2008). <http://www.aljazeera.com/focus/arabunity/2008/02/200852517252821627.html>. Aljazeera, Doha.
- ❖ Allison, R. (1991). *The Soviet Union and the strategy of non-alignment in the Third World*. Political Science Quarterly, págs 29-30.
- ❖ Anderson, Philip (1995). *"Summer Madness': The Crisis in Syria, August-October 1957"*. British Journal of Middle Eastern Studies. Taylor & Francis. págs 21–42.
- ❖ *Arab League Summit - Khartoum 1967* (1967). Ecf.org.il. https://ecf.org.il/media_items/513
- ❖ Bandeira Jerónimo, M. C. (2015). *The Ends of European Colonial Empires*. London: Palgrave Macmillan UK.
- ❖ Black, I. (2006). *Secrets and lies at the heart of Britain's Middle Eastern folly*. The Guardian
- ❖ Blackwell, S. (2009). *British Military Intervention and the Struggle for Jordán: King Hussein, Nasser and the Middle East Crisis, 1955-1958*. New York: Routledge.
- ❖ Brecher, Michael (1997). *A Study of Crisis*. University of Michigan Press. págs. 345–346

- ❖ Britannica, The Editors of Encyclopædia. (1998). *Neutralism*. (i. Encyclopædia Britannica, Producer) <https://www.britannica.com/topic/neutralism>:
<https://www.britannica.com/topic/neutralism>

- ❖ Brooks, Risa (2008), *Shaping Strategy: The Civil-military Politics of Strategic Assessment*. Princeton: Princeton University Press

- ❖ Brown, D. (2001). *1956: Suez and the end of empire*. The Guardian

- ❖ Carothers, Thomas (2004). *Greater Middle East Initiative: Off to a False Start*. Carnegie Endowment for International Peace

- ❖ Cotran, Eugene (1959). *Some Legal Aspects of the Formation of the United Arab Republic and the United Arab States* The International and Comparative Law Quarterly Vol. 8, No. 2, págs 346-390

- ❖ Dawisha, Adeed (2009). *Arab Nationalism in the Twentieth Century: From Triumph to Despair*, Princeton: Princeton University Press, págs 184, 198, 200, 230, 231 305

- ❖ Eden, A. (1960). *The Memoirs of Sir Anthony Eden Full Circle*. London: Cassell & Co

- ❖ Elie, Podeh (1999). *The Decline of Arab Unity: The Rise and Fall of the United Arab Republic*. Sussex Academic Press.

- ❖ Ellis, H. F. (1989). *Reflections on Suez: Middle East Security'*. In *Suez 1956 The Crisis and its Consequences*. Oxford: Clarendon Press.

- ❖ Eppel, Michael (1998). "The Elite, the Effendiyya, and the Growth of Nationalism and Pan-Arabism in Hashemite Iraq, 1921–1958". *International Journal of Middle East Studies*. págs 227–250

- ❖ Esposito, J. (1997). *Political Islam*. Boulder, Colo.: Lynne Rienner Publishers.

- ❖ Fain, W. (2008). *American Ascendance and British Retreat in the Persian Gulf Region*. New York: Macmillan.

- ❖ Ferguson, N. (2000). *Empire: How Britain Made the Modern World*. London: Penguin Books.

- ❖ Ferris, J. (2015). *Egypt's Vietnam*. Foreign Policy. <http://foreignpolicy.com/2015/04/03/egypts-vietnam-yemen-nasser-sisi/>
- ❖ Ferris, J. (2015). *Nasser's gamble*. Princeton: Princeton Univ Press.
- ❖ First Conference of Heads of State or Government of Non-Aligned Countries. (6 de septiembre de 1961). *Belgrade Declaration of Non-Aligned Countries*. Belgrade Declaration of Non-Aligned Countries . Belgrado, Yugoslavia.
- ❖ *Foreign Relations of the United States, 1955–1957* (1956). Volume XVI - Office of the Historian. History.state.gov. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1955-57v16/d136>
- ❖ Fuensanta, J., James, A., & Lorca, A. (2015). *El factor tribal en las revueltas árabes: capitalismo de familias y revolución política*. Revistas.um.es. <http://revistas.um.es/sh/article/view/165151/143661>
- ❖ George, Alan (2003). *Syria: Neither Bread nor Freedom*. Zed Books. Pág 66
- ❖ Gaddis, J. L. (2005). *The Cold War: A New History*. London: Penguin Books.
- ❖ Ginat, R. (2010). *Syria and the Doctrine of Arab Neutralism: From Independence to Dependence*. Portland: Sussex Academic Press.
- ❖ Gold, Dore (2003). *Hatred's Kingdom*. Washington, DC: Regnery. págs 75-76
- ❖ Guy, L. (2007). "Cutting the Gordian Knot: The Post-WWII Egyptian Quest for Arms and the 1955 Czechoslovak Arms Deal". Wilson Center .
- ❖ Hafez, Ziad (2012). "Independent Nasserite Movement: Interview with Ziad Hafez." MERIP Reports, no. 61, 1977, págs 9–14.
- ❖ Hahn, P. (2004). *Caught in the Middle East: U.S. Policy Toward the Arab-Israeli Conflict, 1945-1961*. University of North Carolina Press .
- ❖ Heykal, M. (1977). *The Saudi Era*. *Journal Of Palestine Studies*, 6(4), págs 158-164.
- ❖ Hunt, Courtney (2005). *The History of Iraq*. Westport, CT: Greenwood Press, pág 75
- ❖ Ibrahimi, I. (1972). *A View of Nasser*. *Journal of Palestine Studies*, págs 111-113.

- ❖ Kameel, B. N. (1996). *Arab and Israeli Terrorism: The Causes and Effects of Political Violence, 1936-1993*. McFarland.
- ❖ Kaylani, Nabil (1972). "The Rise of the Syrian Ba'th, 1940–1958: Political Success, Party Failure". *International Journal of Middle East Studies*. Cambridge University Press. 3 (1): 3–23. pág 19
- ❖ Kechichian, Joseph A. (2001). *Succession in Saudi Arabia*. New York: Palgrave
- ❖ Kerr, Malcolm (1965)). *The Arab Cold War, 1958-1964: A Study of Ideology in Politics*. London: Chattam House Series, Oxford University Press.
- ❖ Khan, Riz. Alwaleed (2005). *Businessman, Billionaire, Prince*. William Morrow, págs 17-19.
- ❖ Kramer, M. (2014). *35 years after the Egyptian-Israeli peace treaty*. Scholar.harvard.edu. https://scholar.harvard.edu/files/martinkramer/files/martinkramer.org-35_years_after_the_egyptianisraeli_peace_treaty.pdf
- ❖ Kristof, N. (2003). *Hitler On the Nile*. The New York Times.
- ❖ Kuebler, J. (1966). *Middle East enmities*. CQ Press.
- ❖ Kyle, K. (2011). *Suez*. London: I.B Tauris.
- ❖ Maddy-Weitzman, Bruce (1990). "Jordan and Iraq: Efforts at Intra-Hashimite Unity." *Middle Eastern Studies*. University of Michigan, pág 72
- ❖ Menoret, Pascal (2005). *The Saudi Enigma: a History*. New York: Zed, págs 115-16
- ❖ Mens, S. (2013). *Egypt; between state and Islam*.
- ❖ Milner, L. (2011). *The Suez Crisis*. BBC .
- ❖ Milton-Edwards, B. (2001). *Conflicts in the Middle East since 1945*. London: Routledge.
- ❖ Mufti, Malik (1996). "Sovereign Creations: Pan-Arabism and Political Order in Syria and Iraq" Cornell University Press, págs 102-108
- ❖ Neff, D. (1981). *Warriors at Suez*. New York: Simon & Schuster.

- ❖ Neff, D. (1981/2). *Warriors at Suez: Eisenhower Takes America Into the Middle East*. Foreign Affairs .
- ❖ Nehme, M. (1994). *Saudi Arabia 1950–80: between nationalism and religion*. Middle Eastern Studies, 30(4), págs 930-943.
- ❖ Nutting, A. (1967). *No End of a Lesson*. London: Constable London.
- ❖ Osman, T. (2010). *Egypt on the Brink*. Yale University Press , pág 49.
- ❖ Palmer, Monte (1966), *The United Arab Republic: An Assessment of Its Failure*, Middle East Journal, pág 53
- ❖ Pierce, D. (2009). *Decolonization and the Collapse of the British Empire*. Inquiries Journal
- ❖ Podeh, Elie (1999), *The Decline of Arab Unity: The Rise And Fall of the United Arab Republic*. Sussex Academic Press, pág 49
- ❖ Quandt, W (1981). *Saudi Arabia in the 1980s*. The Brooking Institutions, pág 90
- ❖ Rabinovich, I. (2016). *El último padre fundador de Israel*. El Pais
- ❖ Riedel, Bruce (2011). "Brezhnev in the Hejaz". The National Interest, pág 31
- ❖ Risen, J. (2000). *How a Plot Convulsed Irán in '53 (and in '79)*. The New York Times .
- ❖ Robert, Lacey (1981). *THE KINGDOM: Arabia & The House of Sa'ud*, Avon Books.
- ❖ Robertson, T. (1964). *Crisis The Inside Story of the Suez Conspiracy*. London: Hutchinson & CO.
- ❖ Sandler, Stanley (2002). *Ground Warfare: The International Encyclopedia*. Vol.1, pág 977
- ❖ *Saudi Arabia - THE REIGNS OF SAUD AND FAISAL*. Countrystudies.us.
<http://countrystudies.us/saudi-arabia/11.htm>
- ❖ Shapiro, I. (2009). *Containment: Rebuilding a Strategy against Global Terror*. Princeton University Press , pág 145.

- ❖ Smith, C. D. (2007). *Palestine and the Arab–Israeli Conflict*. Boston/New York: Bedford/St. Martin's.
- ❖ Stephens, Robert (1971), *Nasser: A Political Biography*. New York: Simon and Schuster, págs 329-338
- ❖ Taheri, A. (2012). *Saudi Arabia: Change Begins within the Family*. American Foreign Policy Interests, 34(3), págs 138-143.
- ❖ Takeyh, R. (2000). *Origins of the Eisenhower Doctrine*. London: Palgrave.
- ❖ The New York Times. (1960). *Lavon Affair' Analyzed*. The New York Times
- ❖ The Bank's World. (1987). *The Bank's First Loan: \$250 Million to France*
- ❖ TIME (1967). *Egypt: Cruel & Difficult Struggle*. TIME.com.
<http://content.time.com/time/magazine/article/0,9171,837167,00.html>
- ❖ Tinguay, Edouard de (2007). "*The Lebanese crisis of 1958 and the U.S military intervention*". Revue d'Histoire Diplomatique . Paris: A. Pédone
- ❖ US Department of State. *The Baghdad Pact (1955) and the Central Treaty Organization (CENTO)*. Washington D.C: Archive.
- ❖ William, H. (1986). *What Eisenhower and Dulles Saw in Nasser: Personalities and Interests in U.S.-Egyptian Relations* . Middle East Policy Council .
- ❖ Wynbrandt, James (2005). *A Brief History of Saudi Arabia*, Facts on File, pág 225
- ❖ Vandewalle, Dirk (2008), "*Libya's Revolution in Perspective: 1969–2000*", *Libya Since 1969: Qadhafi's Revolution Revisited*. Palgrave Macmillan, págs 9–53
- ❖ Vandewalle, D. (2011). *Libya since 1969*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- ❖ Vartanian, E. (2015). *IDEOLOGICAL AND POLITICAL PRECONDITIONS OF THE TRAGIC EVENTS AT THE TURN OF XIX - XX CENTURIES IN THE OTTOMAN EMPIRE: THE OTTOMANISM, PAN- ISLAMISM, PAN-TURKISM DOCTRINES*. Historical And Social-Educational Ideas, 7(3), pág 26.

- ❖ Vassiliev, Alexei (1998). *"The History of Saudi Arabia"* Saqi Books. Capítulos 18&19
- ❖ *Unexpectedly modern*. (2013). The Economist. <https://www.economist.com/news/books-and-arts/21570665-he-struck-skilful-balance-between-modernisation-and-conservatism-deeply>